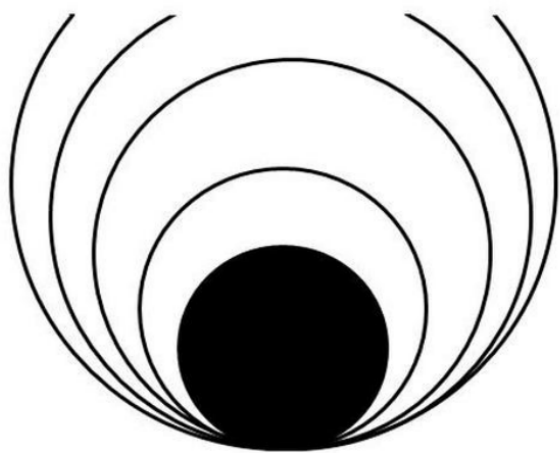




LA NOCHE DEL "SAMURAI"

Curtis Garland





PUNTO ROJO



**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección **SERVICIO SECRETO:**

1.539 - Peces del infierno.

En Colección **PUNTO ROJO:**

927 - Muere sin despertar.

En Colección **LA HUELLA:**

134 - Pasaje sin salida.

CURTIS GARLAND

LA NOCHE DEL SAMURAI

Colección **PUNTO ROJO** n.º 929
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B. 41.506 - 1979

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: febrero, 1980

© Curtis Garland - 1980

texto

© Miguel García - 1980

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Camps y Fabrè, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) - Barcelona - 1985

CAPÍTULO PRIMERO

Era una mala noche aquélla.

Resultaba especialmente mala para un lugar como la costa californiana, aunque en San Francisco no eran extrañas las noches de niebla, ni mucho menos. Sólo que en esta ocasión, además de la niebla, estaba la intensa y fría humedad, y el aire que venía del mar, singularmente gélido para un clima como el de California. Corrientes nórdicas, según los servicios meteorológicos, habían arrastrado esos vientos inclementes hasta allí.

La niebla, a impulsos de las ráfagas de aire, parecía a veces romperse en sucios jirones, revolotear como pájaros fantasmales entre las callejuelas de Chinatown, para enroscarse en torno a las sombras de los escasos transeúntes, o apelmazarse ante los luminosos y las farolas de alumbrado público, terminando por condensarse de nuevo, en una especie de tupida cortina gris que todo lo velaba en la madrugada.

En los embarcaderos la niebla parecía aún más densa, y las sirenas de los remolcadores se unían al ronroneo de los motores de gasolina de embarcaciones más pequeñas. De vez en cuando, los faros de algún coche pasaban de un ramalazo por las orillas, en dirección al centro urbano, y su lechosa luz, velada por la bruma, revelaba oscuras formas de embarcaciones de pesca o cabotaje, amarradas en los docks portuarios de San Francisco. De la zona destinada a venta de mariscos y crustáceos recién extraídos del mar, llegaba el fuerte olor salobre a los frutos marinos, cuyos puestos de venta llevaban ya bastante tiempo cerrados cuando del casco del *Kimuto Maru* se despegó, silenciosa, una embarcación.

Era una canoa ligera, provista con motor fuera borda, pero no utilizaba el motor en absoluto. Por el contrario, su único ocupante remaba con fuerza, impulsando la embarcación hacia la orilla, ya que el *Kimuto Maru*, como otras embarcaciones de carga llegadas

aquel día desde Extremo Oriente, se hallaba situado en los docks de descarga, más alejados de la zona portuaria que ningún otro.

La canoa se aproximó con rapidez a tierra firme, porque las fuerzas de su único ocupante eran evidentemente considerables, y remaba con impulsos fuertes y bien coordinados. Cada golpe de remo en las oscuras aguas, cubiertas por una sucia capa de aceites lubricantes y desperdicios, adelantaba considerablemente a la lancha hasta la orilla. La figura agazapada en el asiento de la embarcación, flexionando adelante y atrás con notable vigor.

Cuando alcanzó un punto donde unas escalerillas ascendían al embarcadero, situó la lancha pegada al muro del muelle, la ató con rapidez, y saltó a los escalones portando consigo una maleta alargada, de regulares dimensiones y color oscuro. Parecía una de esas valijas para llevar instrumentos musicales de algún volumen, y tenía forma apaisada, muy rectangular.

El viajero marítimo era un personaje singular. Si alguien le hubiera visto allí, a tales horas, hubiera pensado en un excéntrico o en un tradicional a ultranza, procedente de exóticos parajes.

Vestía ropas de seda negra, amplias y brillantes, sujetas al cuerpo por una especie de armadura de metal también negro, articulado. Su cabeza lucía un extraño casco, igualmente metálico y oscuro. Unas botas singulares ceñían sus pies y tobillos. Se movía con helada majestuosidad, y un reflejo de luz, al herir su rostro, reveló un óvalo aceitunado e inexpresivo, de ojos almendrados y facciones inmutables.

Pero no había nadie en aquella zona portuaria para contemplar la llegada a tierra de tan extraño viajero. Nadie, por tanto, supo de su arribada a la ciudad de San Francisco, por la sencilla razón de que su presencia pasó ignorada para todo el mundo.

Sin embargo, muy pronto iban a saber de él. Y en forma tan directa y escalofriante, que el horror iba a conmover a toda la ciudad, y una oleada de sangre y de pánico alcanzaría con salpicaduras alucinantes a los habitantes de la alegre y acogedora ciudad californiana.

Porque un hombre había llegado de Oriente con una misión específica y cruel. Un hombre que ni siquiera parecía serlo, porque era la deshumanización total, el frío cerebro y el fanatismo hecho carne y odioso, ferocidad y poder destructor.

Había llegado El Samurai.

No un japonés cualquiera. No un guerrero milenario de guardarropía, ni un personaje de melodrama, vestido a la antigua usanza. Ni siquiera era un samurái vulgar o un loco convertido en antiguo luchador oriental.

Era... El Samurai.

Sólo uno. El único en su época. El peor de todos.

El hombre... o la fuerza de la Naturaleza desatada, capaz de aterrorizar a toda una ciudad. Y a todo un país, incluso.

El general Willoughby era un hombre de aspecto tranquilo y reposado. Realmente, era así. No le gustaban las fiestas, y aquélla no tenía nada diferente a las otras que mereciera su especial atención.

Había ido más por cumplir con una obligación moral, cuál era la de aceptar la invitación de los padres de su futura nuera, que por ceder en sus costumbres. Ciertamente que la fiesta, cuando menos, era digna y respetable, que los invitados no cometían torpezas o groserías ni siquiera estando ligeramente bebidos como ocurría en estos momentos con muchos de ellos, y que por otro lado, sí aquella reunión social se había llevado a cabo para celebrar la cercana boda de su hijo con la bella Sue McCallum, hubiese estado muy mal visto que él faltase a la misma.

Consultó su reloj, disculpándose con varios asistentes que, como él, eran veteranos de guerra y charlaban de lejanas campañas durante la Segunda Guerra Mundial. Y eran casi las dos de la madrugada. Demasiado tarde para él. Y la fiesta llevaba trazas de prolongarse hasta las cuatro.

—Señores, lamento ausentarme ya, pero ha llegado la hora límite de mi resistencia —expuso, con su más cortés sonrisa, a los señores McCallum, dejando su copa sin vaciar sobre una estantería inmediata—. Con su permiso, queridos amigos, debo retirarme a descansar.

—¿De veras no puede resistir hasta el fin, general? —sonrió Duncan McCallum, al padre del joven Jonathan.

—Ni soñarlo —suspiró el general—. En mis tiempos, hubiese podido estar hasta el amanecer sin resentirme. Por desgracia, esos tiempos quedan ya muy atrás. Demasiado, para ser sinceros. Les ruego que no lo tomen a mal.

—Por Dios, general —protestó vivamente Stella McCallum, la madre de Sue—. Eso ni lo piense. Mi esposo le acompañará hasta el aparcamiento donde dejó su coche.

—No, no es preciso, se lo aseguro... Puedo ir solo —les guiñó risueñamente un ojo—. La verdad es que no me he propasado en exceso con la bebida esta noche. No me sentaría bien al hígado, créanme. Achaques de los años.

—Vamos, vamos, general, usted siempre fue una persona morigerada —comentó Duncan McCallum conduciéndole al exterior cordialmente—. Sé que ni siquiera de muchacho debió embriagarse.

—Se equivoca, amigo mío —rió el general Willoughby jovialmente—. Teniendo sólo veinte años escasos, cogí una borrachera tan fenomenal, que estuve luego de baja tres días enteros en el cuartel. Desde entonces, mi padre me prohibió beber sin medida, y yo mismo me controlé cuando fui mayor. La última borrachera, y creo que la única, que cogí en esos años, fue cuando la guerra terminó definitivamente con la rendición japonesa. Recuerde que yo formaba parte por entonces de la Comisión de Armisticio, y tuve la satisfacción de estar presente en la ceremonia de rendición incondicional del Gobierno japonés...

—Ah, los viejos tiempos... —McCallum sacudió la cabeza—. Por entonces, yo era solamente sargento de Infantería de Marina.

—Y yo coronel —murmuró Willoughby, evocador—. Como usted dice, eran otros tiempos. Tal vez peores, pero uno los recuerda con particular emoción... Diga a Jonathan que me encuentre bien. Sólo que siento un poco de cansancio... y mucho sueño, Duncan.

—No se preocupe. Lo haré. La última vez que le vi, estaba bailando con Sue un número lento. Formaban una hermosa pareja, general.

—Sí. Sue es muy bella y muy elegante. Jonathan es un muchacho bien parecido. Y, sobre todo, un buen chico. Creo que serán muy felices.

—Yo también lo creo —habían llegado al aparcamiento situado en el jardín de la residencia de los McCallum en Telegraph Hill, y ambos hombres se detuvieron ante el modelo algo anticuado de «Chevrolet» que el general había dejado allí al llegar. Era un coche largo y de color oscuro, un mostaza fuerte y discreto—. Bien, general. Le deseo pase una buena noche y sepa disculparnos por

haberle retenido aquí tanto tiempo.

—Oh, por Dios, eso no tiene importancia —sonrió el general Willoughby cordialmente, estrechando la mano de su futuro consuegro—. Por el contrario, si permanecí hasta tan tarde, no gustándome las fiestas y reuniones de sociedad, es porque me encontré realmente a gusto en su recepción. Buenas noches, amigo mío. Hasta siempre.

—Hasta siempre, general.

Willoughby condujo con facilidad, saliendo del aparcamiento repleto de coches de invitados a la fiesta, y enfilando el sendero de grava que, en suave pendiente, conducía a la puerta de salida de la mansión.

Momentos después, la finca de los McCallum quedaba atrás, y el general Howard Willoughby se alejaba en dirección al centro urbano, con una velocidad moderada.

Ni siquiera podía imaginar que en estos momentos, la Muerte viajaba con él dentro del automóvil.

Y cuando lo supo, era demasiado tarde para intentar evitar su golpe mortífero, devastador y sangriento.

En realidad, fue demasiado tarde para todo. Incluso para comprender lo que ocurría, para explicarse aquella alucinante e increíble presencia a sus espaldas, vislumbrada apenas cuando un ramalazo de luz callejera hirió sus retinas y se reflejó en el retrovisor... ¡revelando la presencia a espaldas suyas, en las sombras del asiento trasero, de un rostro céreo e inexpresivo, de facciones oblicuas, una mirada maligna y centelleante fija en él, desde el fondo de unas pupilas negras y brillantes como cucarachas!

—¿Eh? ¿Qué diablos significa...? —jadeó el general, sorprendido, metiendo el freno al coche, que se detuvo en seco con un maullido de neumáticos, en una de las empinadas calles de San Francisco—. ¿Qué hace usted aquí... y de qué maldito baile de máscaras ha salido?

El rostro hermético y amarillento le contempló inmutable, como una máscara de cera, mortífera y cruel. Aquellos ojos reflejaban la muerte. Un farol cercano, envuelto en jirones de niebla espesa, reflejóse en el metal oscuro de una coraza laminada y en el acero negro de un casco que él conocía bien.

Luego, inexorablemente, de las sombras cayó sobre él una ancha

y curvada hoja de acero.

El metal cortante silbó en la penumbra interior del coche. Alcanzó el tapizado, al mismo tiempo que el cuerpo humano. Destripó el asiento, rasgando el cuero de su envoltura. Y simultáneamente, separó casi totalmente la cabeza del tronco del general Willoughby, cuyo grito de supremo horror y agonía, se fundió en un hervor de sangre tumultuosa que lo regó todo violentamente.

Pero el arma volvió a caer una y otra vez, con salvaje violencia, destrozando virtualmente el encogido cuerpo del veterano soldado. Sus blancos cabellos aparecían encharcados en sangre. Lo mismo que su cuerpo todo, herido en varios puntos por impactos terribles de un acero incisivo como pocos. Hasta el parabrisas chorreaba lentamente el viscoso rojo de la sangre.

Una risa sibilante, tan horrible como el suceso mismo que estaba teniendo lugar allí, brotó de la oscuridad. Fue la risa cruel, macabra, de un ser carente de cualquier sentimiento humano. Era una risa que significaba triunfo, júbilo, complacencia y hasta entusiasmo por la salvaje tarea realizada.

El Samurai reía su propio triunfo. Un triunfo que había costado una vida humana.

El viejo soldado había asistido a su última batalla, sin tener siquiera la oportunidad de defender su vida. Un fantástico e increíble personaje, surgido de la noche brumosa de San Francisco, había sido su verdugo, su feroz e inexorable aniquilador.

CAPÍTULO II

—Howard Willoughby, exgeneral del Ejército de Estados Unidos. Retirado. Sesenta y ocho años. Empezó la Guerra Mundial como capitán, ascendiendo por méritos en el campo de batalla a mayor, a coronel, a teniente coronel, y en su retiro, a general, tras haberse ganado este último ascenso en la guerra de Corea, en 1951. Viudo, con un hijo, Jonathan Willoughby, que no es militar, sino delineante de la empresa constructora Acmé Californian Building.

Rutina. Pura rutina, pensó el teniente Conrad, de la policía de San Francisco, mientras los expertos de su Departamento fotografiaban el cadáver, las posibles huellas y todo cuanto formaba parte de aquel dantesco espectáculo de sangre y muerte, localizado por una patrulla policial a primeras horas de la mañana, en una calle de San Francisco.

El teniente Conrad bostezó, con las manos hundidas en sus bolsillos y la expresión distraída y lejana. Le habían sacado de la cama para esto, después de acostarse casi a las tres, a causa de un problema con unos traficantes de drogas en un fumadero clandestino.

Ciertamente, sabía que había muchos locos sueltos por el mundo, y que San Francisco no era una excepción, ni mucho menos, para albergar semejante clase de individuos, pero aquel crimen le resultaba particularmente horrible y sanguinario incluso a una persona como él, habituada a enfrentarse con las más desagradables situaciones.

—Investiguen dónde estuvo anoche, antes de ocurrir esto —pidió con desgana a uno de sus hombres, que venía con un bloc de notas, apuntando algo en él.

—Acabamos de averiguarlo, teniente —le informó su subordinado—. Su hijo Jonathan se casa dentro de dos semanas con la hija de los McCallum, Sue McCallum. Su padre es un financiero

importante, y su madre dirige una de las principales casas de modas de Market Street, señor.

—¿Saben a qué hora salió de allí?

—Poco antes de las dos. El mismo mencionó la hora al despedirse del señor McCallum. Éste viene ahora para acá. Está terriblemente impresionado.

—Lo creo. Yo también lo estoy —gruñó el teniente Conrad—. De modo que debía de ir hacia su domicilio cuando ocurrió, teniendo en cuenta que, según el forense, la muerte se produjo sin duda entre dos y cuatro de la mañana.

—Sí, eso parece. Ahora debemos informar al hijo...

—Yo me ocuparé de eso —Conrad meneó la cabeza—. Siempre me tocan esas papeletas, después de todo... ¿Sabe si el forense ha añadido algo sobre lo que mencionó del arma utilizada?

—No, nada más, teniente. Sigue insistiendo en que no fue un hacha ni un cuchillo, a pesar de que los destrozos de huesos son tremendos y de que los tajos parecen hechos con un afiladísimo acero como el de un carnicero, pongamos por caso. Ambas cosas unidas, la contundencia y la limpieza de los cortes, uno de los cuales, como vio, casi decapita al difunto, es lo que desorienta al doctor. Supone que la autopsia revelará algo más, si no lo hacen los expertos del laboratorio.

—Está bien —bostezó de nuevo Conrad, sintiendo un leve escalofrío a causa de la humedad, la neblina y el fresco matinal. Contempló ceñudo el nublado cielo y la densa niebla, que ni siquiera el día disipaba totalmente—. Maldito tiempo tenemos... Si al menos brillara el sol...

Echó a andar pesadamente hacia su coche oficial. Tenía que ver al hijo del general y decirle lo ocurrido. Eran cosas que tenía que hacer él, por mucho que le desagradaran. Pero lo cierto es que de aquel sangriento suceso le desagradaba todo. Absolutamente todo. En especial, el no tener la menor idea de por qué alguien pudo ser tan feroz y tan brutal con un anciano exmilitar de vida apacible y tranquila, al que ni siquiera habían despojado de su reloj de oro o de su cartera con más de trescientos dólares.

No lo entendía. Y las cosas que no entendía, le molestaban mucho al teniente Conrad, de la División de Homicidios de San Francisco.

La señora Treadwell tenía una casa de huéspedes en una de las calles más empinadas y tranquilas de la ciudad, no lejos de Telegraph Hill por cierto. Sus varias habitaciones estaban habitualmente alquiladas a hombres solos, de aspecto respetable y comportamiento correcto, que se alojaban allí haciendo una vida normal y discreta, sin tener que pagar demasiado por su alojamiento.

Aquella mañana brumosa y desapacible, la señora Treadwell se sorprendió de que el huésped del cuarto número 3 no se hubiera levantado aún a las doce del mediodía. Era un horario sorprendente y hasta extraño para un caballero como Jason Morrow, que se destacaba de los demás por su costumbre inveterada de madrugar mucho y encaminarse a dar largos paseos, antes de regresar y ponerse a escribir en su pequeña máquina portátil, lo que él calificaba con frecuencia como «sus trabajos de toda una vida». Pero sin mencionar nunca nada más, ni hacer alusión alguna a la clase de trabajos que llevaba a cabo.

Era un caballero de edad avanzada, posiblemente casi setentón, aunque alto, delgado y bien cuidado, vestido impecablemente y con aire abstraído casi siempre. La señora Treadwell sabía que no andaba escaso de dinero, puesto que almorzaba y cenaba habitualmente en el restaurante de la esquina inmediata de la misma calle, y éste no era un *snack* al uso, ni un local de precios económicos, sino un establecimiento de carta selecta y tarifas más bien elevadas.

Esta mañana, la señora Treadwell vaciló mucho antes de tomar una decisión, pero temiendo que pudiera encontrarse enfermo, tras probar la puerta por si estaba solamente encajada, se decidió a llamar. Lo hizo insistentemente, golpeando con los nudillos en forma repetida.

No ocurrió nada. En el interior del cuarto, nadie respondió a sus requerimientos.

Realmente preocupada ya, optó por soluciones heroicas. La inmediata, naturalmente, era abrir la puerta a todo riesgo, aunque el señor Morrow pusiera el grito en el cielo.

Y eso es lo que llevó a cabo resueltamente, tomando el duplicado de la llave que, como todos los de las habitaciones arrendadas, obraban en su poder siempre, para emergencias como

aquella.

Abrió la puerta de la habitación número 3 de su vieja y confortable casa de la apacible calle empinada en la ladera de la colina, y penetró en la habitación oscura, con los postigos de sus ventanas herméticamente ajustados.

Dio la luz eléctrica, para no golpearse con nada, temiendo lo peor. Tal vez, al pobre señor Morrow, pensó con angustia, le había dado un colapso y...

La luz inundó la habitación.

Y la señora Treadwell se enfrentó con algo que era infinitamente peor de cuánto ella hubiese podido imaginar hasta entonces.

Un agudo, desgarrador grito de terror, escapó de su garganta, mientras retrocedía, con ojos desorbitados, temblando violentamente, y a punto de desvanecerse.

Ante ella, el espectáculo era delirante. Sintió unas náuseas irresistibles, y notó que las lágrimas corrían de modo histérico por sus mejillas.

—Dios mío, no... —sollozó—. No es posible...

Pero no había la menor duda sobre la naturaleza aterradora de cuanto contemplaba en la estancia de su huésped. La sangre lo invadía todo, salpicando paredes, ventanas e incluso el techo mismo. En medio de la sala, con la cabeza a medio arrancar de cuajo de su cuello, los ojos saltando de sus órbitas, la boca contraída y llena de espuma sanguinolenta, yacía el infortunado Jason Morrow, con los dedos de su mano separados del resto de su diestra, y dispersos por el suelo, entre regueros escarlata. Una infinidad de tajos feroces desgarraban aquí y allí el cuerpo de la víctima. Cualquiera de aquellos golpes de un acero forzosamente afiladísimo, hubiese bastado para matarle. Pero el criminal, no conforme con ello, había llevado muy lejos su brutal, inhumano ensañamiento, hasta convertir la estancia en un horrendo matadero.

Despavorida, rotos sus nervios, la señora Treadwell salió de la estancia, dando alaridos, en plena crisis histérica. De ese modo la hallaron sus otros huéspedes al retenerla, asustados, y llamar luego a la policía y a una ambulancia, ante los gritos desesperados de la mujer, que señalaba constantemente hacia arriba, informando con voz ronca, estremecida, casi incomprensible:

—Allí... Allí... El pobre señor Morrow... Es espantoso... Está

muerto... Le destrozaron a cuchilladas... Es..., es horrible todo...

Cuando la ambulancia y el coche patrulla de la policía de San Francisco arribó al lugar de los hechos, la señora Treadwell yacía en una febril inconsciencia, repitiendo palabras incoherentes, agitándose en espasmos, y un médico tuvo que aplicarle una inyección sedante, ordenando su inmediato traslado a un centro hospitalario.

Los agentes subieron a la planta alta, acompañados por los huéspedes de la casa, y una vez allí, tuvieron ocasión sobrada de enfrentarse al más escalofriante de los espectáculos.

Un hombre muerto violentamente, siempre es un espectáculo ingrato para cualquiera, incluso para un policía habituado a tales experiencias. Pero un hombre virtualmente despedazado por una furia homicida sin precedentes, todavía resulta mucho peor.

Eso era lo que sucedía con el infortunado Jason Morrow, víctima de un azote mortal despiadado y feroz como pocos.

CAPÍTULO III

—Dos crímenes idénticos en poco tiempo. Exactamente en la misma madrugada. Y ambos muertos por un arma semejante, quizá la misma, manejada con idéntica furia en ambos casos.

—¿Y la autopsia?

—La del general Willoughby ha revelado pocas cosas. Heridas cortantes por un arma fuerte y afilada. No se trata de un hacha, porque los huesos no tienen las astillas habituales en el impacto de tal clase de hoja. Los médicos se inclinan más bien por un sable. Los laboratorios coinciden en ello. Un sable fuerte, de ancha hoja, posiblemente un arma militar, muy afilada.

—Un arma militar... Y el general era un militar.

—Sí, pero Jason Morrow no lo era. Había pertenecido al Gobierno, pero en calidad de diplomático y asesor político, hace ya muchos años, exactamente durante la Segunda Guerra Mundial. Tenía setenta y dos años al morir. Y vivía retirado de toda actividad profesional, con una modesta pensión estatal. Es un crimen absurdo, sin sentido.

El teniente Conrad asintió, ceñudo, contemplando a su interlocutor, jefe de la División de Robos y Homicidios de la policía de San Francisco. Los informes de autopsia y examen pericial en los laboratorios, estaban ante él. Los revisó una y otra vez, como si en ellos estuviese la posible explicación a muchas de las cosas que se preguntaba a sí mismo, y de las que no parecía encontrar respuesta alguna.

—La distancia entre los dos escenarios sangrientos era más bien corta —señaló con lentitud el policía—. Solamente de unas ocho o nueve manzanas. Es muy posible que, apenas cometido un crimen, el asesino fuese a efectuar el segundo. Evidentemente, se trata de un psicópata o de un ser ávido de sangre, terriblemente cruel y despiadado, incapaz, de sentir emoción alguna al matar.

—Y caso de sentirla, sería totalmente negativa: es decir, de complacencia, de placer por el hecho cometido. ¿Con qué clase de enemigo nos enfrentamos realmente?

—No lo sé, señor —confesó el teniente Conrad—. He solicitado informes más amplios de ambas víctimas, para ver cuál podría ser el nexo que las relacionara entre sí lo suficiente para justificar la acción del criminal. Quizá eso nos aporte alguna luz cuando los datos lleguen a nuestro poder.

—Quizá —el jefe de la División no parecía mostrarse en exceso optimista al respecto—. Quizá, teniente...

Conrad se encaminó a la salida del despacho de su jefe, con expresión sombría, hondamente preocupada. Se cruzó justamente en la puerta con el hombre que, agitado, llegaba en esos momentos, llevando en su mano un papel escrito por los inconfundibles caracteres del télex.

—Señor —habló al jefe de Homicidios—. Noticia de última hora. Acaba de sernos transmitida desde nuestro Precinto en North Beach, correspondiente al Latin Quarter.

—¿Qué es ello, Hinx? —se interesó el jefe de la División, alzando su cabeza con aire abstraído.

—Otro crimen, señor —informó el funcionario, dejando el mensaje sobre la mesa—. Al parecer, idéntico a los otros dos. Otra vez el loco sanguinario, según todos los indicios...

—¿Qué? —bramó Conrad, volviéndose sobre sus pasos, muy pálido.

—Vaya... —resopló su jefe, tomando el papel con mano temblorosa—. Lo que nos faltaba... Esta vez en el Barrio Latino, ¿eh?

—Exactamente en Stockton —dijo sordamente su jefe—. Junto a Columbus, en un apartamento. Esta vez se trata de un hombre que trabajaba en el Federal Bureau of Investigation.

—Cielos, uno del FBI —gruñó Conrad, inclinándose sobre la mesa de su superior—. ¿Qué ha sucedido exactamente?

—Lo de siempre: una carnicería. El hombre se llamaba Charles Walters y trabajaba para la oficina Federal desde hacía más de veinte años. Antes había sido miembro de Inteligencia y funcionario del Gobierno en el extranjero. Pero tenemos pocos datos al respecto todavía —explicó el policía que trajera el informe.

—Bueno, creo que esto quita definitivamente de nuestras manos el asunto —señaló sordamente Conrad, frotándose el mentón con aire reflexivo.

—Sí —su jefe le miró, ceñudo—. Tenemos que comunicar con el FBI. Esto va a ser un caso para ellos, si no me equivoco, teniente...

—Ya casi lo era —juzgó Conrad, paseando por el despacho, cabizbajo—. Un militar de alta graduación, un diplomático... y ahora un agente federal que fue de Inteligencia... Algo me dijo, desde el principio, que éste no era un problema para nosotros, sino para alguien que esté más arriba que la policía metropolitana, señor.

Su jefe asintió, descolgando el teléfono. Pidió a la centralita con voz sorda:

—Póngame con el FBI, por favor. Sí, es muy urgente...

Y esperó, con la mirada fija en aquel texto del télex que hablaba de un tercer crimen del sanguinario agresor del sable, esta vez en el Barrio Latino de San Francisco, en la persona de un federal.

Damon Farr besó los labios carnosos y entreabiertos. Notó el aroma suave y tibio de la piel femenina desnuda, bajo su propio cuerpo.

—Damon, cariño... —musitó la voz de ella, vertiendo las palabras en su propia boca, sin dejar de estrujarle los labios en una respuesta ardiente, mientras la lengua femenina se enroscaba a la suya propia, en un sordo embate voluptuoso, que estremecía ambos cuerpos con un calor excitante y unas palpitaciones lúbricas que, insensiblemente, iban encajando unas formas en otras, en perfecta conjunción sexual—. Damon, te deseo, te amo...

—Preciosa, soy tuyo... —jadeó él roncamente, deslizando sus manos, a la vez viriles y suaves, por los redondos y duros pechos de la joven, para descender luego a su estómago, la suave curva de su abdomen, y terminar acariciando intensamente los muslos y entre pierna de la pareja, que se estremeció, exhalando un gemido prolongado de placer.

Damon notó que los muslos femeninos casi imperceptiblemente a sus embates, y se notó incrustado virtualmente en ella. Un calor excitante le invadió. Las carnes de mujer vibraron contra su piel, y un rosario de jadeos brotó de los labios de ella. Con ímpetu, rompió la última resistencia y notó que un dogal sedoso, formado por unas

bellas piernas femeninas se enroscaban en torno suyo, atrayéndole y casi absorbiéndole, con apasionada avidez.

La salita en sombras se convirtió en el escenario de una ininterrumpida melodía de sensuales quejidos, espasmos voluptuosos y murmullos apasionados que subrayaban el clímax a que iban llegando ambos jóvenes amantes en su intimidad.

Por fin, el estallido llegó. Los cuerpos de ambos amantes tuvieron un espasmo supremo y común, cuando el mutuo deleite alcanzó su cota máxima. Los dedos de Damon se hincaron rabiosamente en los macizos pechos de la mujer, estrujándolos y haciéndola chillar a ella de gozo infinito, arqueándose la desnudez femenina para más intenso alcance de su placer.

Damon Farr cayó exhausto, física y mentalmente vaciado en la hermosa criatura que tenía bajo su cuerpo, y que ahora, entre jadeos, todavía le imploraba más y más, en una sed inextinguible de deseos y de fuego voluptuoso.

—Damon, mi vida... —sollozó ella, hincando sus uñas en la espalda y en los glúteos del hombre—. Eres maravilloso...

—Roana... —susurró él roncamente—. Roana, desearía hacerte mía una y mil veces...

—Entonces, ¿a qué esperas, cielo? —jadeó Roana, incitante, empezando a deslizar sus labios carnosos por su cuello, su torso atlético, los músculos vibrátiles de su abdomen liso, en busca, insensiblemente, de los duros y fuertes muslos del macho, en los que sin duda buscaba su boca un nuevo placer que transmitir enloquecedoramente a su pareja—. ¿A qué esperas? Vamos. Soy tuya... y tú mío..., Voy a demostrártelo ahora... hasta que llegue la agonía del placer para ambos...

Damon Farr se arqueó, tenso, cuando los abultados y carnosos labios de su pareja rozaron excitadamente sus ingles. Un contacto húmedo y cálido le alcanzó en forma inquietante.

Ella exhaló un gemido ronco, aferrando las nalgas masculinas. Y cuando se disponía a probarle a su pareja las mil y una delicias de su imaginación lujuriosa, ocurrió algo imprevisible.

Damon cerró sus piernas en torno al cuello de ella, y alargó las manos, sujetando de forma rabiosa la boca y nariz de su bella pareja, hasta casi sentir asfixia.

Roana emitió un ronco gemido, pugnando por respirar, y

debatándose entre las manos y piernas de Damon, que la retuvo enérgica, furiosamente, impidiéndole toda posible acción.

Las uñas de la muchacha, rabiosamente, se hincaron en la carne de él, arañando con exasperación y profundizando de forma dolorosa y sangrienta en él. Damon dominó el dolor apretando los labios, y sin contemplaciones ya, soltó una de sus manos la nariz de la joven, abofeteándola brutalmente, al tiempo que saltaba atrás, despegándose de ella, y mirándola con fría ira, centelleantes los grises y acerados ojos.

—Sucia ramera asesina... —jadeó la voz misma que poco antes formulaba apasionadas palabras de amor—. De modo que ya estabas a punto de lograr tu objetivo, ¿eh?

Ella, encogida, con ojos llameantes y boca contraída, palpitando sus desnudas carnes con temblores frenéticos, le miró rabiosa, soltando de pronto una obscenidad, al tiempo que de su boca, con rapidez, sus dedos extraían algo que brilló en la penumbra, cuando se arrojó como una tigresa hacia él.

Damon Farr actuó con una celeridad de movimientos y de reflejos realmente asombrosa. Una de sus piernas musculosas se disparó, alcanzando a la hermosa desnuda en pleno hígado. Roana exhaló un gemido ronco, le miró con ojos vidriosos, buscando aliento desesperadamente, y él aprovechó para remachar su ataque con un zurdazo que la derribó de bruces.

Saltó veloz sobre ella, arrancándole de entre los dedos, pero con suficiente cuidado como para no ser herido por su aguda punta, la aguja que había surgido de la misma boca de su amante.

La contempló, a la luz difusa que llegaba del exterior, por las rendijas de la persiana graduable, y comprobó que una especie de ligera capa plástica cubría la punta de la aguja. Al rozarla con el dedo, notó que la sustancia se reblandecía lentamente, como un baño de cera derretida. Sus ojos centellearon.

—Cuando esta sustancia se hubiese disuelto, el acero depositado en mi cuerpo el veneno de que va bañado... —comentó sordamente—. Te bastaba la aguja incrustada en tus encías, esperando el momento adecuado. Nada de heridas, ¿no es cierto? Nada de señales... Seguramente ni siquiera es acero, sino un producto que, con el calor del cuerpo humano, también termina disolviéndose sin dejar huella. ¿Dónde pensabas clavarla? ¿Introduciéndola en la

virilidad, hasta provocar la muerte por directo contacto con la médula y el cerebro? ¿Es ésa la nueva arma de vuestra organización?

Ella se agitó, jadeante, en el suelo, intentando incorporarse. Le miró con odio.

—Cerdo —le insultó—. Pude haberlo hecho. Tenía que eliminarte, Damon Farr, para que dejases de ser un problema para todos nosotros. ¿Cómo pudiste sospecharlo, sucio hijo de perra?

—Nunca me fié de ti, Roana —replicó él acremente—. Pero tenía que esperar tu ataque para probar que tú eres el agente enemigo, enviado para liquidarnos a los agentes federales uno por uno. Tus encantos físicos eran tu mejor medio de vencernos, ¿no?

—Tú te aprovechaste de ellos, bastardo...

—Es una parte de tu castigo —rió Damon, tomando algo de sus ropas, e inclinándose sobre ella con rapidez.

—¡Quita tus sucias manos de mí, rata hedionda! —aulló ella, tratando de alcanzarle con sus uñas nuevamente.

Pero esta vez, esas uñas tenían un destello metálico que puso en guardia a Damon. Sin piedad alguna, le pegó un puntapié brutal en el rostro, derribándole de espaldas, semi inconsciente. La esposó en décimas de segundo y, con igual velocidad, aferró sus dedos, contemplando dos de las uñas de su mano diestra.

No eran tales uñas ya. Unas fundas metálicas, puntiagudas, las recubrían. La misma sustancia se derretía en sus puntas afiladas. Un arma letal, sin duda, como lo era la aguja que la boca aparentemente viciosa de la mujer había estado a punto de clavar en un punto sensible de su persona, transmitiendo el veneno directamente a su cerebro.

—Vas bien provista de instrumentos de muerte, ¿eh, maldita zorra? —Silabeó, tirándola nuevamente de espaldas, y yendo al teléfono sin vestirse todavía.

Descolgó el aparato y marcó un número especial, que no figuraba en guía alguna de la ciudad. Era el número especial de cierta oficina del FBI de la que él dependía directamente.

—Aquí Damon Farr, número 33.11.02 —dijo sordamente—. Roana Kent, la agente enemiga infiltrada, ha sido capturada, junto con varios instrumentos mortíferos. Misión cumplida.

—Perfecto, Damon —sonó la voz al otro extremo del hilo—.

Enviaremos un coche inmediatamente. Luego venga para acá. Existe otro asunto urgente para usted.

—Infiernos, creí que empezaban ahora mis vacaciones —gruñó Damon, malhumorado.

—Lo siento. Tendremos que aplazar esas vacaciones, Damon. Le necesitamos con urgencia. Con mucha urgencia.

—Está bien —rezongó él—. No tardaré.

Miró a la desnuda y hermosa esposada, que, recuperándose ya del golpe, le llenaba de soeces improprios, sonrió, y se metió en la ducha, sin perderla de vista. Cuando sonó una sirena, ya estaba abrochándose la camisa presuroso.

—Ya vienen a por ti, encanto —comentó, tirándole encima una sábana—. Será mejor que te envuelvas en esto. De todos modos, tu desnudez no tentaría ya a nadie. Todos conocemos tus trucos.

—¡Puerco bastardo! —Le insultó ella, frenética.

Damon se limitó a reír entre dientes, tomando los pantalones sin prisas. Poco después, el timbre de la puerta sonaba. El joven agente federal fue a abrir, mientras su hermosa cautiva seguía con su sarta de improprios.

CAPÍTULO IV

—De modo que al fin lo consiguió, Damon...

—En cuanto supe que era ella la ejecutora de esa organización criminal, y que su belleza era su arma fundamental, cautivando a sus víctimas para luego utilizar sus sofisticados métodos de muerte en ellos, en pleno acto sexual, el reto era sencillo: dejarse seducir por ella, sin que sospechara nada, esperando el momento crucial con sumo cuidado, sin dejarse nunca cegar por la pasión o el deseo que una mujer como ella despierta en el hombre.

—Le felicito, Damon —suspiró Clark R. Bellamy, de los Servicios Especiales de Inteligencia del Gobierno federal, echándose atrás en su asiento—. No todos los hombres tendrían la cabeza tan firme entre los brazos de una mujer como Roana Kent. ¡Vaya mujer! Es realmente impresionante.

—Y muy ardorosa también, señor —sonrió Damon—. Eso la hace doblemente peligrosa. Creo que, cuando menos, no hizo sufrir demasiado a sus víctimas. Las eliminó en pleno goce.

—Pero las eliminó, y eso es lo que cuenta. Espero que, a través de ella, su organización de asesinos sea desmontada definitivamente.

—Creo que lo será. Le han aplicado pentothal y la están interrogando, porque es muy dura y sabe resistir todos los interrogatorios. Terminará confesando, señor.

—Bien, Damon. Lo cierto es que ha sido un brillante trabajo el suyo, y tiene más que merecidas sus vacaciones, pero...

—Siempre hay un «pero» —se quejó Damon Farr amargamente, moviendo la cabeza.

—De veras lo siento, amigo mío. Esta vez, no es asunto mío, se lo confieso. Viene de más arriba, y me veo obligado a recurrir a mi mejor agente. Ése es usted, Damon, bien lo sabe.

—Está dorándome la píldora, ¿no, señor? —sonrió Farr con

ironía.

—Palabra que no. Es el mejor, y ahora quizá tenga nueva ocasión de demostrarlo. Un compañero nuestro, un buen agente del Servicio de Inteligencia del Gobierno, ha sido brutalmente asesinado.

—¿Quién, señor?

—Charles Walters, de la Rama Especial de Asuntos Extranjeros.

—Walters... —Farr silbó entre dientes—. Un veterano que se las sabía todas...

—En efecto. No tuvo muchas oportunidades de defenderle de su enemigo. Fue virtualmente despedazado a tajos de un arma blanca contundente. Incluso le separaron un brazo y una pierna del tronco, tal fue la ferocidad de los mandobles con que le agredieron. Como si un loco o un salvaje empuñase el arma. Y así ha tenido que ser, sin duda. Pero...

—También aquí existe el «pero», a lo que veo —sonrió tristemente Farr.

—Sí, Damon. Lo hay. Y muy importante.

—Le escucho, señor.

—No es la única víctima de ese criminal monstruoso. En sólo unas pocas horas, no más de veinticuatro, tres hombres han muerto en idénticas condiciones.

—Tres...

—Sí. El general Howard Willoughby, retirado, Jason Morrow, un político. Y finalmente, Charles Walters.

—Un militar, un político y un federal. ¿Alguna relación personal o directa entre ellos, señor? —preguntó Damon arrugando el ceño.

—Ni la más mínima. Hemos investigado eso en las últimas horas. No tenían relación personal ni de trabajó entre sí. Los dos primeros murieron en el período de pocas horas, no más de tres o cuatro, en una misma noche. Walters, al día siguiente. En todos los casos idéntico procedimiento y brutalidad.

—Entiendo. ¿Algún testigo?

—Uno. Pero como si no existiera.

—¿Por qué? —se interesó vivamente Damon.

—Fue en el último asesinato, el de Walters. Un hombre ebrio. Jura que vio salir de la vivienda de Walters a un hombre fantástico.

—¿Por qué le califica de «fantástico»?

—Bueno, según él vestía de negro, con una coraza laminada, un extraño casco de metal, guanteletes negros con manopla de metal también, y unos anchos calzones de seda negra con calzado extraño. Ah, y empuñaba un sable curvado, bañado en sangre.

—¿Estaba bebido el tipo cuando vio a ese personaje?

—Totalmente borracho. Lo ha descrito de diez modos diferentes. Creo que no vio nada de nada, o algo muy distinto y mucho más normal.

—Pero citó el sable.

—Sí, eso es cierto.

—Un sable curvo.

—Sí, eso creo que dijo.

—¿Es todo lo que saben del asesino?

—Por desgracia, absolutamente todo —suspiró Clark R. Bellamy.

—Hábleme de las heridas. ¿Cómo se produjeron, señor?

—Ya se lo mencioné: con golpes violentos, secos y precisos. Mandobles brutales. Al principio se pensó en hachazos. Luego se comprobó que los tajos eran más limpios y no había huesos astillados. El forense y el laboratorio se inclinaron por un sable, posiblemente militar.

—En el primer crimen, eso podía tener un sentido. En los otros, no. Necesitaría un historial completo de los tres.

—Aquí lo tiene —le alargó tres carpetas con sus correspondientes *dossiers*, compuestos de documentos, informes, fichas y fotografías. Había incluso fotos, bastante crudas y desagradables, de la víctima tal como fue hallada, en los tres casos. Damon Farr se estremeció ante aquella carnicería.

—Es horrible —comentó roncamente.

—Horrible, sí. Jamás vi tanta sangre, Damon.

Farr no contestó más por el momento. Con rapidez, revisó los documentos. Enarcó las cejas y terminó levantando los ojos para mirar a su jefe.

—Aquí hay algo curioso —comentó.

—¿El qué?

—Hay un detalle común a los tres.

—¿Cuál?

—Todos ellos participaron en la Segunda Guerra Mundial.

—Dada su edad, resulta lógico, ¿no?

—Pero hay algo más.

—¿Qué es ello?

—Los tres coincidieron en un determinado lugar y momento históricos, señor.

—¿Dónde? —se interesó vivamente Bellamy.

—En Tokio, el último día de la guerra, firmando la rendición incondicional del Japón, señor. Formaban parte de la Comisión de Armisticio los tres.

—¿Qué? —Bellamy dio un respingo—. No creo que nadie hayamos advertido eso. ¿Es cierto, Farr?

—Muy cierto. Vea los detalles. El entonces comandante Willoughby, estaba con el general Douglas MacArthur, como uno de sus ayudantes Jason Morrow era de la Comisión Política del Gobierno de los Estados Unidos, y asistía a la firma de la rendición como miembro del Comité de Armisticio. Charles Walters, entonces no era agente federal todavía, sino integrante de una Comisión de Defensa del Gobierno federal, y tampoco faltó a esa firma histórica en que Tokio se rendía sin condiciones a su vencedor.

—Cielos, yo me pregunto cómo pudo pasársenos por alto semejante detalle... —Manifestó perplejo el jefe de Inteligencia.

—Es fácil. Buscaban otra clase de detalles más próximos, menos ambiguos. Pero tenía que haber un nexo, después de todo. Tal vez sea ése.

—Y si lo es..., ¿qué significará por sí solo? No parece motivo suficiente para asesinarles de ese modo...

—Si para alguien, la guerra todavía no ha terminado, es posible que sí.

Damon había pronunciado esas palabras sordamente, con expresión taciturna. Su superior le miró con vivacidad.

—¿Qué quieres decir? —indagó.

—Ese borracho, el testigo... No debieron menospreciarle, señor. Tal vez no viese alucinaciones del alcohol, después de todo.

—¿Usted cree...?

—No creo nada aún, señor. Tengo que hablar con el testigo. Y estudiar bien estas macabras fotografías. También quisiera hablar con los laboratorios y hacerles unas preguntas. Tal vez al final, llegue a una conclusión más firme. De momento, es solamente una teoría, una suposición... Pero hágame caso: averigüen cuanto antes

los nombres de otros posibles personajes presentes en esa ceremonia de rendición que tuvo lugar en agosto de 1945, y protéjanlos fuertemente por el momento. Podría ser que alguien más de entre ellos caiga asesinado.

La sugerencia de Damon Farr fue muy oportuna. Clark R. Bellamy dio las oportunas órdenes por teléfono.

Aquella misma noche, la vida de un hombre llamado Morgan Wayne era salvada milagrosamente por los agentes federales encargados de vigilar a su persona en el Sheraton Hotel de San Francisco.

Lo realmente sorprendente es que, sólo unas horas más tarde, Damon Farr sentía desmoronarse toda su teoría, al ser informado de que el ciudadano americano Morgan Wayne tenía solamente treinta y ocho años de edad y, por tanto, no pudo estar en modo alguno en la ceremonia oficial de Tokio en aquel lejano verano de 1945...

Y, sin embargo, el informe policial estaba en su poder: un hombre, vestido con ropas de samurái y esgrimiendo un gran sable curvado, había intentado llegar a las dependencias de Morgan Wayne en el hotel, siendo sorprendido por los asombrados agentes federales, de los que escapó, posiblemente herido de un balazo, perdiéndose en la noche de la ciudad...

Morgan Wayne era un hombre alto, vigoroso, de cabello Oscuro, rizado y prematuramente encanecido. Su rostro, sin embargo, joven y varonil, mostraba una piel tersa, bronceada por el sol y la intemperie, y unos ojos vivos, inteligentes, grises y penetrantes, qué estudiaron a su visitante con curiosidad, mientras encendía un cigarrillo y fumaba con cierta avidez, expulsando el humo azulado en volutas y anillas, casi Mecánicamente.

—Esto es absurdo, señor Farr —dijo, tras una ojeada a la tarjeta de visita, para recordar el breve apellido de aquel joven tan atlético y vigoroso como él mismo, pero ligeramente más alto, elegante, deportivo y risueño, de cabellos castaños, revueltos y rebeldes—. Totalmente absurdo.

—Estoy de acuerdo con usted —suspiró Damon, sentado en una butaca, contemplando pensativo a su interlocutor—. Es muy posible que se trate solamente de un error. Un lamentable error, originado por su nombre.

—¿Mi nombre? —El otro enarcó las cejas—. ¿Qué tiene de

extraño mi nombre?

—Nada. Eso es lo malo. Es perfectamente normal, y por ello no resulta extraño que haya más de un Morgan Wayne en el país. Eso no podía imaginarlo su fallido asesino, y creyó atacar a otra persona muy distinta. Y desde luego, de mucha más edad que usted.

—De más edad que yo... —repitió el hombre, dejando de fumar y contemplándole perplejo—. Pero ¿por qué? ¿Qué sucede aquí, para que un tipo vestido de mamarracho me ataque en plena noche, lanzando alaridos que hielan la sangre en las venas, señor Farr?

—No vestía de mamarracho, señor Wayne —respondió Damon con una leve sonrisa—. Su indumentaria era la de un samurái.

—Oh, de sobra lo sé. He visto muchas veces un atavío de guerrero samurái para ignorarlo, pero nadie viste así por la calle, y menos aún en San Francisco. Ni siquiera en Tokio lo hacen.

—¿Usted conoce Tokio, tal vez? —indagó curioso Damon.

—¿Si lo conozco? —Wayne se echó a reír—. Cielos, señor Farr, vivo allí. Mi residencia fija es en el Japón, concretamente en Tokio, no aquí.

—¿De veras? —Damon enarcó las cejas, sorprendido. Algo cambió de forma radical en su rostro—. Eso no lo sabía, señor Wayne... ¿Por qué reside usted allí?

—Todos mis negocios están en el Japón. Estoy asociado a una importante multinacional japonesa. Soy presidente de la Kabuko Electronic de Tokio, y su principal accionista, junto con Kabuko Yonda, mi socio. Poseo otras dos empresas asociadas, que fueron absorbidas por nuestra sociedad, y de las que yo también soy responsable directo y presidente ejecutivo. ¿Responde eso a su pregunta?

—Ya lo creo —resopló Damon con una sonrisa, mirando a su importante interlocutor—. No podía imaginar que fuese un magnate de la industria electrónica japonesa, señor Wayne.

—Yo no inicié ese imperio comercial, sino mi padre.

—¿Su padre? —se interesó vivamente Damon—. ¿Se llamaba también Morgan?

—Exacto. Morgan Wayne, sénior. Para mis socios japoneses, yo sigo siendo Morgan Wayne júnior, pese a que mi padre murió hace ya ocho años.

—De modo que era eso...

—Era, ¿qué, señor Farr? —Se intrigó el magnate de la electrónica.

—El nombre. Pretendían matar a su padre, no a usted.

—Eso es absurdo. Él está muerto...

—Ya lo sé. Pero él no lo sabía. El samurái que le atacó, quiero decir. Para él, Morgan Wayne significaba otra cosa. Dígame algo: ¿su padre estuvo en el frente del Pacífico en la Segunda Guerra Mundial?

—Desde luego. Era marino.

—¿Formaba parte de la dotación del buque norteamericano donde se firmó el armisticio?

—Pues sí... creo que sí —le miró, repentinamente asombrado—. Cuando menos, sé que estuvo en la firma de ese armisticio. Incluso hay una fotografía del acto en mi casa de Tokio...

—Lo imaginaba.

—Pero ¿qué ocurre aquí, señor Farr? ¿Qué puede tener que ver todo eso con este atentado de que fui víctima esta noche?

—Tal vez mucho más de lo que imagina, señor Wayne —suspiró Damon, reflexivo, con la mirada sombría perdida en la nada—. ¿Nunca intentó nadie atacarle en Tokio?

—No, nunca. Los japoneses y yo somos buenos amigos. Me siento integrado entre ellos, nunca me he sentido racista, ni ellos lo son conmigo. Y lo de la guerra es algo muy lejano, que está ya totalmente olvidado.

—No por todo el mundo, señor Wayne, no por todos...

—¿Qué quiere decir? —Pestañeó—. ¿Acaso ese loco desea todavía vengarse de nosotros, los americanos?

—Es muy posible que acabe de decir usted la pura verdad: venganza. Sí, ésa es la palabra.

—¡Pero hace más de treinta años de todo eso!

—Lo sé, señor Wayne.

—El mundo conoce otros problemas y conflictos, como la tensión con la URSS, la hostilidad chino-rusa, Oriente Medio, el Tercer Mundo, el hambre, la crisis del petróleo o las armas nucleares, infinitamente más potente que las de Hiroshima y Nagasaki. Precisamente dentro de dos semanas en una isla japonesa, se reunirán los presidentes de la URSS y de los Estados Unidos para iniciar otra conferencia para los acuerdos SALT...^[1] Usted debe

saberlo.

—Lo sé, señor Wayne. Sé todo eso. Pero usted conoce el Japón mejor que yo. Y, por tanto, también debe conocer a los orientales. Sabe de su fanatismo, llegado el caso. Una raza que ha sido capaz de crear algo como los kamikazes, es capaz de todo, si una mente enferma o fanatizada decide tomarse una feroz revancha sobre alguien.

—¿Y han esperado casi cuarenta años para eso? —dudó Wayne.

—Sí, hay algunas lagunas en todo esto, que no entiendo todavía muy bien, lo admito. Pero lo cierto es que, según el laboratorio de la policía, las heridas de todas las víctimas anteriores fueron producidas realmente por una hoja de acero curvada, lo cual explicaría determinadas características de sus cortes. Eso coincide con la existencia de ese individuo que penetró en este hotel por la escalera de incendios, alcanzando su dormitorio sable en mano. De no despertar usted a tiempo y gritar, los federales no hubiesen podido hacer nada por salvar su vida.

—Ese maldito samurái o lo que sea, fue rápido en evadirse de nuevo... Pero juraría que iba herido. Le vi agitarse, en plena carrera. Pareció que iba a caer, pero logró escabullirse en las sombras de la calle... No dieron con él, ¿verdad?

—No, no dimos con él. Se está batiendo todo el distrito, pero no hay huellas de su persona ni del camino que haya podido elegir... De todos modos, no tiene nada que temer. Ahora montaremos una vigilancia especial, más eficaz, en torno a su persona.

—Me molesta sentirme rodeado de policías, sólo porque un maldito loco se ha propuesto atacarme. ¿Qué puedo tener yo que ver con ese japonés disfrazado?

—Ni siquiera podemos estar seguros aún de que sea un japonés, pero lo cierto es que viste como tal, y obra con la ferocidad misma de los antiguos guerreros. De haber sido usted su primera víctima, señor Wayne, hubiésemos profundizado sobre su vida y sus relaciones allá en el Japón, pero se da la circunstancia de que ese hombre atacó ya a otras personas con las que usted no tiene relación alguna... salvo la circunstancia de que todos ellos estuvieron en el momento de la rendición japonesa a los Estados Unidos, formando parte de los testigos oficiales de tal ceremonia.

—¿Ellos..., ellos también? —boqueó Wayne, asombrado.

—También. Por eso la teoría cobra fuerza, ahora que sabemos que hubo un Morgan Wayne en la ceremonia, aunque fuese su padre y no usted. Es evidente que nuestro siniestro samurái desconoce esa circunstancia, ignora que usted es el hijo del hombre que él pretendía matar y que éste no existe. Por tanto, eso nos conduce a una conclusión precisa.

—¿Cuál?

—El asesino de la espada de samurái, señor Wayne, no tiene ni tuvo relación alguna con usted, allá en Tokio. De otro modo, nunca hubiese cometido este error.

—Eso parece cierto —pestañeó el magnate de la electrónica—. Y me tranquiliza bastante...

—Procure no sentirse demasiado confiado, de todos modos —suspiró Damon, poniéndose en pie lentamente—. Es posible que nuestro fanático guerrero ni siquiera sepa leer el inglés, y la noticia en los periódicos de que usted es el hijo de otro Morgan Wayne ya fallecido, no la llegue a conocer. Y, por el contrario, intente de nuevo su golpe.

—¿Pretende asustarme, señor Farr? —sonrió Wayne, más sereno, casi irónico.

—No, señor Wayne —mego rotundamente Farr, mirándole con cierta frialdad—. Sólo estoy pretendiendo salvar su piel, créame...

Fue hacia la puerta, mientras Morgan Wayne fruncía el ceño. Antes de salir de la habitación, se volvió a su ocupante y le preguntó, con aire preocupado:

—¿Cuánto tiempo va a permanecer usted en los Estados Unidos, señor Wayne?

—Una semana —le respondió el industrial—. ¿Por qué lo pregunta?

—Por nada —Damon se encogió de hombros—. Quería saber si tendremos tiempo de que el samurái regrese aquí, intentando matarle... para nosotros poder aprehenderle, vivo o muerto, señor Wayne.

—Vaya. ¿Esperan que yo haga de cebo?

—Algo así —sonrió Farr—. Pero no tema. Esta vez, estará mejor vigilado aún. El resto, debe ponerlo usted, naturalmente.

—¿A qué se refiere?

—A que desde este momento, será mejor que vaya armado y no

se fíe de nadie. Recuerde que ni siquiera podemos estar seguros de que el samurái asesino sea un japonés auténtico..., aunque hay noventa y cinco probabilidades entre cien de que sea así.

Salió, cerrando suavemente la puerta. Morgan Wayne se quedó fumando en silencio, con expresión profundamente preocupada.

CAPÍTULO V

La puerta lacada se abrió suavemente.

A la luz de unas lámparas japonesas en papel de colores, colgadas cerca de los dos pebeteros que despedían humo aromático, la figurita que apareció en su umbral produjo la sensación de una bella pieza de artesanía en porcelana pura. Tal era la suavidad de facciones y de formas de aquella japonesita de movimientos gráciles y silenciosos sobre la alfombra entretejida que pisaba.

Un gracioso kimono azul brillante, con dragones dorados, envolvía su persona en pliegues de sedoso brillo. El rostro era un óvalo dulce, pálido, de ojos almendrados, boca ligeramente mayor y más carnosa que las de su raza, color de tez menos aceitunado, y expresión delicada y apacible. Le miró con suave sonrisa, preguntando en perfecto y meloso inglés:

—¿Tengo el placer de estar hablando con el señor Damon Farr?

El joven agente federal inclinó su cabeza.

—Soy yo quien se siente honrado de visitarla, señorita Miller —habló, dominando ligeramente su sorpresa.

—Siéntese, por favor —le señaló un montón de cojines de seda, apilados en un ángulo de la salita, junto a un panel de papel pintado y un búcaro de flores decoradas según el más delicado y complejo estilo Zen, que hacía de tal habilidad un auténtico arte.

Damon se acomodó. Frente a él lo hizo la joven oriental, que le contempló con dulce sonrisa y un cierto destello burlón en sus ojos oblicuos.

—Sorprendido, ¿verdad? —musitó ella tras un silencio.

—Un poco —admitió Damon.

—¿Es por... mi apellido?

—En parte —suspiró Farr—. Me hablaron de una señorita Miller, cuyo padre, el capitán de corbeta Harrison Miller, falleció hace cuatro años y...

—Y pensó que iba a encontrarse con una muchacha típicamente americana, en una casa vulgar y corriente.

—Pues sí, algo así... —confesó Damon, todavía perplejo.

—Nadie debió mencionarle que el capitán Miller se casó en el Japón, después de la guerra, con una japonesa de la que se enamoró perdidamente.

—No, nadie. De haber sido así, todo sería distinto.

—Pues ésa es la verdad, señor Farr. Soy hija de un americano y una japonesa. En mis facciones hay mezcla de ambas razas. En mi sangre, Japón y América se hermanan. Y en mis costumbres, rindo tributo a las tradiciones de un país milenario, y en otras ocasiones recuerdo que también soy una muchacha americana aunque no lo parezca.

—Perdone, señorita Miller. Creo que he pecado de impertinente...

—En absoluto —rechazó ella con una sonrisa, moviendo su cabeza, de cabello lacado, negro, salpicado de agujas niponas de color dorado—. Mi nombre es Yoko Miller, y me siento orgullosa de mis padres. Y de mis dos razas. Por desgracia, ambos murieron ya. Mi madre, hace diez años, de cáncer, siendo yo muy niña. Mi padre ya no fue nunca el mismo. La quería demasiado para sentirse ya igual en la vida. Creo que vivió lo justo para verme una mujer, capaz de defenderme en la vida, y entonces hizo mutis suavemente, calladamente, mientras dormía...

—Entiendo —Farr inclinó la cabeza, jugueteando con el borde de un almohadón, distraído—. ¿Vive usted sola?

—Por completo. Sola con el servicio. Una doncella y un jardinero, eso es todo. Yo misma cocino. Me encanta la cocina, y domino por igual la oriental y la occidental. ¿Desea almorzar conmigo, señor Farr?

—Sería un placer —confesó Damon, algo cohibido—. Tal vez otro día, señorita Miller. Ahora tengo demasiadas cosas que hacer.

—Le comprendo. Por lo que me dijo por teléfono, imagino que debe estar metido en un asunto sumamente complicado y peligroso...

—Todos lo son, hasta que se resuelven. Pero éste tiene unas características especiales, que le hacen todavía más complejo, la verdad —miró a la joven nipo-americana, y añadió con voz grave—:

Su padre estuvo presente en la rendición japonesa, ¿verdad?

—Sí, estuvo allí. Era capitán de corbeta y formaba parte de la dotación naval presente en la ceremonia. Nunca le gustó su papel. Decía que siempre resultaba demasiado duro ver el orgullo y dignidad de un pueblo sometidos por el vencedor, sea quien sea cada cual. Pero comprendo que no podía haber otro final. Y él también lo comprendía. Por eso se retiró apenas terminada la guerra, y se casó con una mujer japonesa de quién se había enamorado. Creo que quería olvidar muchas cosas que no le gustaban. Y lo logró.

—Todo el mundo desea olvidar siempre. Nosotros hemos olvidado Pearl Harbour, Filipinas... Japón espero que sepa y pueda olvidar Hiroshima o Nagasaki. Pero hay alguien que no olvidó. No sé si es un loco o un fanático. Ambas cosas, a veces, van demasiado unidas entre sí, y sólo un psiquiatra podría delimitarlas.

—Supongo de qué quiere hablarme: el samurái asesino.

—¿Ha leído los periódicos?

—Y he visto la televisión —sonrió tristemente ella—. Las cosas que aluden en algo al Japón me interesan particularmente. Vi el dibujo, a modo de retrato-robot, hecho por la policía tras la fuga del agresor vestido de samurái. Era un perfecto atavío de antiguo guerrero japonés. Todo era auténtico.

—Creo que sí. He examinado grabados y dibujos, así como figuras de arte japonés, representando al típico samurái. Se amolda en todo al asesino que buscamos.

—¿Y por qué ha venido a verme a mí con ese motivo, señor Farr? —indagó ella, con repentina extrañeza—. Le aseguro que no sé gran cosa sobre la materia. Llevo viviendo en este país, de donde me siento tan hija auténtica como del Japón donde nací, desde que tenía doce años. La historia de los samuráis no es mi fuerte, precisamente. Aunque vea mi casa decorada al estilo japonés, lo mismo que mi jardín. Mi biblioteca y mi dormitorio, en cambio, son totalmente occidentales, con televisión en color, estereofonía y muebles clásicos americanos.

—Un poco de ambos siempre, ¿no es cierto? —sonrió Farr. Y tras asentir ella, añadió con expresión grave—: No le pido ayuda en ese terreno, señorita Miller. Es que, leyendo minuciosamente las actas de la ceremonia de rendición del Mikado, en 1945, he

descubierto un suceso aparentemente trivial, perdido entre los informes oficiales, sin mayor trascendencia hasta la fecha.

—¿Qué suceso es éste, y qué tiene que ver conmigo?

—Con usted, no. Ni siquiera había nacido entonces, señorita Miller. Pero tiene que ver, y mucho, con su padre.

—¿Con mi padre? —Pestañeó ella, asombrada.

—En efecto. Apenas firmada la rendición, hubo un incidente desagradable, del que resultó víctima el capitán de corbeta de la Armada norteamericana, Harrison Miller.

—¿Un incidente? Creo recordar algo que me contó papá...

—Eso quisiera. Que lo recordase exactamente, con la mayor fidelidad posible.

—No es mucho lo que recuerdo. Entre otras cosas, porque sólo tengo de referencia lo que él me narró en ocasiones, aludiendo al hecho como simple anécdota.

—Aun así, le ruego que me diga cuánto recuerde al respecto.

—No es gran cosa. Recién firmada la rendición incondicional del Gobierno japonés y del emperador, uno de los asistentes se abalanzó sobre mi padre, profiriendo en su lengua nativa frases airadas, violentas y llenas de rencor. Le amenazó y quiso golpearle, gritando repetidas veces que el Japón no se rendía fácilmente y que, incluso andando los años, serían capaces de aplastar a los vencedores de ese momento.

—¿Qué ocurrió, con exactitud?

—No fue nada complicado. Fuerzas militares de seguridad, americanas y japonesas, correspondientes a ambos Ejércitos, intervinieron, reduciendo al agresor. Un alto jefe militar japonés se excusó sobriamente ante mi padre, diciendo que el hombre era un obcecado que no admitía la derrota, cuya esposa y varios hijos habían muerto bajo la bomba atómica de Nagasaki, y él había servido lealmente al Imperio durante toda la guerra, no pudiendo soportar ahora la humillación de la derrota. Mi padre restó importancia al hecho, admitiendo que él quizá hubiese sentido lo mismo en la situación inversa, y disculpando totalmente al agresor, a quien ni siquiera quiso denunciar de modo formal ante las autoridades militares. Eso le hizo ganar muchos puntos ante los vencidos que, desde entonces, le apreciaron y respetaron de modo especial.

—¿Y qué fue del agresor?

—No lo sé —suspiró ella, encogiéndose de hombros. Los ojos almendrados, hermosos y profundos, se fijaron en Damon—. ¿Tiene eso alguna importancia ahora?

—Podría tenerla, señorita Miller. Si al menos supiera el nombre de ese japonés...

—Espere un momento —Yoko Miller se irguió lentamente, con expresión pensativa—. Mi padre guardaba todos sus apuntes, recuerdos, fotografías, medallas y evocaciones de la guerra en una vieja cartera que siempre he conservado. ¿Quiere acompañarme, por favor?

—Será un placer, siempre que no la moleste...

—No, por favor. No me molesta, señor Farr. Venga conmigo.

La siguió. Momentos más tarde, ambos se hallaban ante un viejo mueble lacado, de estilo japonés, que ella abrió, extrayendo de entre una serie de libros, legajos y objetos diversos, una cartera de cuero gastado, cerrada con cremallera. La depositó sobre una reluciente mesa de laca negra y roja, y tiró de la cremallera, empezando a extraer documentos, fotografías amarillentas, medallas, objetos heterogéneos, como un fragmento de tela militar, un cartucho vacío, una placa de identificación y cosas así. Ella sonrió tristemente, apartando a un lado objetos que sólo para su padre debieron tener sentido.

—A veces hablaba de todo eso —musitó con voz amarga—. Un proyectil que terminó con la vida de un camarada, un trozo de ropa de un enemigo prisionero en la selva, una identificación de alguien que nunca más volvería... Cosas así, ¿comprende? Como en todas las guerras...

—Sí, lo comprendo. Y eso... ¿qué es?

—Un botón —suspiró ella, tomando en sus dedos un objeto redondo, plateado—. El botón de un uniforme.

—Ya veo. Lleva grabado un símbolo japonés...

—Era de un enemigo. De un marino japonés. Del hombre que usted busca.

—¿Qué? —Pestañeó Damon, sorprendido.

—Ahora lo he recordado —sonrió ella vagamente—. Papá logró arrancar un botón a su agresor de aquel día en Tokio. Ése es el botón. Vea, está roto en su ojal...

—Sí, ya me he dado cuenta —Farr movió la cabeza afirmativamente—. Es el botón de un oficial, no de un marino sin graduación...

—Tal vez haya más datos en su carpeta. Ya le dije que yo no podía recordarlo todo. Son cosas que sólo le fascinaban a él, evocaciones de su juventud, de su lucha, de sus tiempos heroicos...

Damon no dijo nada. Comenzó a examinar documentos, fotografías... Había imágenes tomadas a bordo, incluso durante ataques aéreos nipones. Damon Farr se estremeció ante la imagen de aviones Zero, cayendo en picado al mar, con una estela de negro humo, en tanto los antiaéreos salpicaban de oscuros impactos el cielo, y las llamas ocupaban a veces parte de la cubierta del navío.

También había fotografías de la ceremonia de rendición. Muchas fotografías. Damon Farr las revisó con rapidez. De repente, soltó una imprecación y separó una de las demás, clavando sus ojos en la imagen.

—Aquí está... —susurró, casi sin creer lo que veía.

El padre de Yoko Miller había sido, sin duda, un fotógrafo de gran afición. Pero esta vez no era él quien tiró la placa, sino alguien situado muy cerca, cuando era agredido por un marino japonés de uniforme, blanco y con distintivos de oficial. El fotógrafo improvisado estaba muy cerca de la escena, y había captado el gesto de sorpresa y sobresalto de un capitán de corbeta —Harrison Miller, sin duda—, al verse atacado por un violento oficial japonés de la Armada, cuyo rostro aparecía crispado, rabioso bajo la visera de su gorra militar.

—No me dijo que había testimonio gráfico del hecho, señorita Miller —comentó.

—¿Lo hay? —Ella se inclinó, mirando a la fotografía. Luego se encogió de hombros—. No recuerdo siquiera haberlo visto. Lo cierto es que eran cosas que sólo a él le preocupaban. Pero evidentemente, ése es el hecho concreto a que usted se refería. ¿Cree que puede servirle de algo?

—Creo que puede servir de mucho, señorita Miller —Damon respiró con fuerza—. Es mucho más de lo que imaginábamos. Tenemos incluso el rostro del agresor. Se le puede ampliar hasta obtener una visión clara del mismo.

—Si quiere llevarse esa fotografía...

—¿Puedo hacerlo?, ¿de verdad? La tendrá devuelta mañana mismo, apenas obtengamos una copia nítida...

—No hable más de ello, señor Farr, por favor —sonrió ella dulcemente, apoyando una mano en aquélla donde Farr sostenía la vieja fotografía—. Es suya. Sé que me la devolverá. Más que nada, porque él gustaba de conservar esas cosas, y yo no quisiera perderlas.

—Cuente con ella. Tal vez sea justamente lo que necesitábamos para llegar hasta ese misterioso individuo.

Guardó la fotografía en un sobre de papel manila fuerte, color ocre. Yoko Miller le contempló fijamente, mientras le acompañaba de nuevo a la salida de su bella y pintoresca residencia en Sausalito, frente a la Isla del Ángel.

—¿De verdad cree que ese leve incidente puede tener relación directa con un asesino, treinta y tantos años después? —preguntó, curiosa.

—No lo sé. Estamos buscando algo demasiado lejano e inexplicable. Puede tener su origen allí, porque así lo dice la fría lógica. Pero es posible también que ese incidente careciese de importancia, y el hombre de raza japonesa que atacó a su padre, ya nunca más haya tenido motivos para violentarse con nadie.

—Además, según esa fotografía, el marino japonés no podía tener menos de treinta años. Y han pasado otros treinta y algo más. Eso nos daría un hombre de más de sesenta años, quizá setenta...

—Ya lo he pensado. Pero también pensé en otra cosa, señorita Miller.

—¿En qué?

—Hace poco, un hombre estuvo a punto de morir a manos del samurái asesino. Sin embargo, no tenía nada que ver con la Guerra Mundial y sus circunstancias, porque es un hombre que no llegó aún a los cuarenta años.

—¿Y...?

—La explicación era sencilla: se llama igual que su padre, que sí estuvo en la guerra, y también en esa misma ceremonia que puso fin a la conflagración. ¿Se da cuenta de lo que quiero decir?

—Un hijo... —Las pupilas bellas, rasgadas, de Yoko Miller, se clavaron en él, sorprendidas y llenas de interés—. ¿Quiere decir que el asesino puede ser también... un hijo de ese hombre de la

fotografía?

—¿Por qué no? La forma en que mata a sus víctimas, no respondería a las fuerzas físicas de un hombre setentón. Estoy seguro de que con unas manos jóvenes, fuertes y despiadadas las que empuñan la espada mortífera del samurái.

—Pero ¿por qué motivo?

—Tal vez uno solo: odio. Un odio inextinguible, feroz... Un odio que le lleva no sólo a matar, sino a triturar, a ensañarse en sus víctimas hasta límites bestiales.

—Dios mío... —Se estremeció ella—. Resulta aterrador imaginar algo así en nuestra época, en nuestros tiempos... Como si un hálito de crueldad medieval moviera a un ser de nuestros días a convertirse en un verdugo implacable...

—Los samuráis son medievales, señorita Miller, usted lo sabe. Como tantas cosas de ese Oriente que no entendemos, que quizá ni usted misma comprenda del todo, pese a llevar sangre japonesa en sus venas, el viento del pasado sopla fuerte sobre esa raza y sus tradiciones. Sólo falta que alguien se cuide de cultivar ese sentimiento, para que se haga fuerza inexorable de la Naturaleza, capaz de arrollarlo todo...

Habían llegado a la puerta. Damon Farr se inclinó y saludó respetuoso a la joven, dirigiéndole luego una mirada profunda de gratitud y una sonrisa de admiración.

—Suerte, señor Farr —musitó ella.

—Gracias —sonrió él—. Le enviaré esta fotografía mañana mismo.

—¿Me dirá lo que consiga de ella?

—Si resulta positivo, no lo dude. Será usted la primera en saberlo, junto con mis superiores. Entretanto, cuídese.

—¿Yo? ¿De qué? —Ella enarcó las finas cejas en su rostro de porcelana viviente, y pareció en esos momentos más oriental que nunca.

—Sí. Recuerde que no sabemos con qué clase de amenaza nos enfrentamos, ni siquiera si ésta se reduce solamente a los que señala esa ceremonia lejana de la rendición incondicional... o llega más lejos aún. De todos modos, creo que le haré enviar una protección policial hoy mismo. Me sentiré mucho más tranquilo.

—Como quiera —ella le sonrió dulcemente—. Pero no creo que

corra peligro alguno.

—Ojalá, señorita Miller, ojalá —suspiró Damon Farr, saliendo de la finca y cruzando el jardincillo de estilo japonés, en dirección a la verja circundante de la finca.

Yoko Miller regresó pensativa al interior de su residencia. Los pebeteros despedían su suave humo azulado. Las luces trazaban juegos de tonos rojo y azul en los rincones en penumbras.

Y, de repente, le vio.

El Samurai estaba allí, frente a ella. Los faroles japoneses arrancaron destellos sanguinolentos de la tremenda hoja curvada de su sable.

Un rostro demoníaco, como una vieja máscara oriental, parecía flotar en la sombra, por encima de los ropajes del guerrero japonés que simbolizaba la muerte.

La siniestra aparición parecía una estatua. Pero no lo era.

Repentinamente, se movió hacia ella. Un grito ronco y maligno escapó de su garganta. Un acero curvado, centelleante, zumbó en el aire, buscando el blanco cuello de porcelana de Yoko Miller...

CAPÍTULO VI

Damon Farr estaba ya cerca de la puerta de la verja, tras haber cruzado un delicioso puentecillo arqueado sobre un estanque, entre montículos de césped, piedrecillas y flores, a la usanza japonesa.

Entonces oyó el agudo grito femenino, desgarrador y cuajado de angustia y miedo.

—¿Qué diablos...? —Se volvió, reconociendo la voz de Yoko Miller, y sus cabellos casi se erizaron en su nuca.

Luego, sin vacilar, mientras sonaba un segundo grito dentro de la casa, seguido de un sordo estrépito, Damon Farr, revólver en mano, corrió hacia la puerta del edificio.

—¡Señorita Miller! —rugió—. ¡Señorita Miller, ya voy!

En su mente, las ideas eran confusas. Y el temor, intenso. Algo grave e imprevisible sucedía dentro de la casa. Su instinto le decía que, fuese lo que fuere, se relacionaba, y muy directamente, con el horror sangriento que estaba investigando.

Cargó contra la puerta, pero ésta era sólida y resistente. Dentro, captó sonidos de carreras, un ronco jadeo de una voz que no podía ser de Yoko, gritos de ésta, y el derribo de algunos muebles. La angustia subió de grado. Tal vez iba a llegar tarde para evitar lo peor, pensó con frenética ira.

Ya no dudó. Aplicó el cañón de su 38 reglamentario contra la cerradura, e hizo fuego dos veces. La cerradura saltó en pedazos, reventada por los proyectiles a bocajarro. La hoja de madera cedió esta vez, ante el patadón violento del agente federal, y éste se precipitó dentro de la vivienda, buscando con la mirada el motivo de los ruidos y los gritos.

Descubrió en el vestíbulo y en la vecina cámara de decoración japonesa, muebles derribados, porcelanas destrozadas, e incluso un pebetero volcado, con sus aromáticas cenizas dispersas, humeando sobre el suelo de alfombra tejida.

No se detuvo a pisotear las cenizas ni a revisar cosa alguna. Del fondo de la otra sala le llegó un nuevo grito, y un sordo gruñido de voz varonil, ronca y áspera. Algo sonó, cayendo un nuevo mueble por tierra, entre el estrépito de una cerámica japonesa hecha trizas.

—¡Señorita Miller! —repitió Damon Farr con voz potente—. ¡Estoy aquí, resista...!

Y se lanzó como un torbellino hacia el corredor situado más allá de la estancia japonesa donde los faroles de papel aún se bamboleaban, y unos cojines mostraban su contenido, desgarrada la seda por algo muy afilado.

Los descubrió frente a él. Yoko Miller, pegada al muro, mortalmente pálida, estaba ya en su último reducto. El Samurai levantaba ya su arma sobre ella, para dejarla caer implacablemente.

Cuando la curva espada del guerrero japonés cercenara el cuello nacarado de la joven nipo-americana, la lacada y bella cabecita femenina saltaría sin duda por los aires en un espectáculo dantesco.

No podía arriesgarse a disparar a ciertos puntos vitales, por si fallaba, y la fuerza e impulso del agresor alcanzaba irremisiblemente a su víctima. Por ello optó por lo más fácil. Y más seguro a la vez.

Disparó contra la espada.

La bala alcanzó a ésta en la empuñadura, cuando el fantástico guerrero japonés intentaba cercenar la cabeza de Yoko. Un berrido colérico del agresor reveló que había hecho blanco. Los dedos del guantelete se cubrieron de sangre inmediatamente. La espada del samurái rodó sordamente por el suelo.

Se volvió el monstruoso agresor. Damon Farr pudo al fin verse cara a cara con el perseguido criminal.

Nunca antes de ahora había captado un odio tan irracional y salvaje en un ser humano. Aquel rostro oriental, aceitunado, era una verdadera máscara de crueldad, de rabia y de afán destructor. Unos ojos llameantes, negros y feroces, centelleaban en sus órbitas, en aquellas órbitas extrañamente almendradas, como una carátula teatral del arte Noh. La indumentaria del asesino era la fidedigna de un verdadero guerrero medieval japonés. El testigo ebrio no había mentido. Estaba ante un verdadero samurái convertido en máquina de muerte...

El enemigo habló rápidamente en su lengua nativa, encarado a

su revólver. Damon le conminó ásperamente:

—No se resista o tiraré a matar. Esta vez no tiene escapatoria.

El otro no pareció estar de acuerdo con ese criterio. De repente, exhaló otro rugido colérico, y entró en acción con una rapidez de reflejos realmente vertiginosa. Damon no pudo hacer nada, puesto que resultó sorprendido por la celeridad felina de su adversario.

La figura del Samurai se precipitó velozmente hacia un pesado mueble, tras el cual se parapetó justo a tiempo. Damon disparó, y su bala astilló ese mueble y alcanzó al japonés en el pecho. Pero el proyectil rebotó en su negra coraza de metal laminado, demostrando que éste era un perfecto chaleco antibalas. Luego, aferrando el mueble con insólita energía, el Samurai retrocedió hacia una ventana. Los nuevos disparos de Damon se clavaron en la madera. Cuando hubo contado la quinta bala, se detuvo precavidamente, recargando el arma para no quedarse indefenso ante tan temible enemigo, y se precipitó hacia él, con la idea de sacarle de aquel amplio parapeto. Pero no consiguió nada, porque el otro alcanzó la ventana y, con mueble y todo, se precipitó por ella, sin dejarse ver, pulverizando todos los vidrios violentamente.

Damon saltó por el mismo boquete hacia el jardín, pero ya el Samurai, liberado de su momentáneo escudo, corría en zigzag, ocultándose agazapado entre montículos, piedras y árboles, en busca de la verja circundante.

—¡Alto! —rugió Damon, disparando de nuevo aunque estérilmente—. ¡No intente escapar, no lo conseguirá!

Pero sabía que la cosa no era tan segura como él daba a entender. Se lamentó por no haber hecho rodear la casa de Yoko Miller antes de visitarla. Sin embargo, nunca pensó hallarse tan pronto cara a cara con el asesino fantástico.

El Samurai, revelando sus habilidades acrobáticas, su poder físico y su perfecto entrenamiento, brincó sobre la verja con facilidad pasmosa. Damon disparó otra vez, y su bala maulló al rebotar en un barrote de la verja sin resultado. El japonés cayó al lado opuesto y se perdió entre las arboledas vecinas, siempre corriendo en forma zigzagueante y muy agachado para ofrecer el mínimo blanco posible.

Farr se precipitó hacia su automóvil, aparcado allí cerca, y tomó desesperadamente el radioteléfono, llamando a la central del FBI.

—Aquí Damon Farr, desde Sausalito —dijo con rapidez—. El samurái asesino atacó a Yoko Miller, hija del capitán Miller. He logrado herirle en una mano, pero escapó. Está en esta zona, habiendo huido en dirección a Marin County. Tal vez confíe en las arboledas y las colinas para escapar. Envíen aquí helicópteros y coches con personal urgentemente. Tenemos que dar con él a cualquier precio, o no habrá nadie seguro en esta ciudad, de cuantos se relacionan más o menos lejanamente con quienes estuvieron presentes en la firma de la rendición de los japoneses, en 1945. Tengo una fotografía que puede servir para identificar al samurái.

Cerró, dirigiéndose a la verja, cuando descubrió a Yoko Miller en el jardín, acompañada ahora por su jardinero y su doncella. El primero se había armado inocentemente de un rastrillo.

—Métnanse dentro y cierren todas las puertas —avisó Damon con firmeza—. El asesino ha huido hacia el bosque, pero podría volver, dando un rodeo, aunque no creo que lo haga. Yo voy en su busca. En pocos minutos, tendremos aquí helicópteros y vehículos con agentes federales y policía Metropolitana. Hasta entonces, no corra riesgos, señorita Miller.

—Pero yo..., yo..., ¿por qué? —gimió la joven, tan intensamente pálida que ahora parecía más que nunca una tradicional porcelana japonesa.

—Ya se lo dije. La venganza de ese loco no sólo va dirigida a los que estuvieron presentes allí, si mi teoría es cierta. También desea vengarse en los hijos, cuando el objeto de su venganza ya no existe...

Y al ver que entraban los tres en la casa, cerrando tras de sí, se lanzó resueltamente en pos del rastro dejado por el asesino herido.

Los helicópteros sobrevolaban la zona insistentemente. Su ronroneo y su forma de moverse en el cielo sobre Sausalito y los montes de Marín County, recordaba a gigantescos y machacones mosquitos de metal. Los vehículos policiales de radiopatrulla y los de la Oficina Federal de Investigación, iban de un lado a otro, formando denso cerco en la zona.

Pero Damon Farr empezaba a sentirse pesimista respecto al resultado de la búsqueda. Cuando Yoko Miller le vio regresar, enjugándose el sudor con gesto contrariado, pareció intuir lo que

pasaba por la mente del joven federal.

—¿Nada? —preguntó.

—Por el momento, nada —suspiró Damon—. Es como si se lo hubiese tragado la tierra.

—Es una zona difícil, donde no resulta complicado para una persona solitaria ocultarse.

—Lo sé, señorita Miller. Eso es lo que me hizo temer desde el principio por el éxito de la operación. Y los temores se han confirmado.

—¿No cree que lo encuentren?

—No, creo que no. Se vendó la herida, sin duda, taponándola. El reguero de sangre terminaba en un claro del cercano bosque. Luego viene una zona pedregosa, un sendero polvoriento y tras una vaguada, llega la carretera asfaltada. Zona ideal para borrar tan posible huella, como así ha sido. Además, no podemos olvidar que nos enfrentamos a una persona dura, resuelta, insensible al dolor, capaz de los mayores sacrificios, como han sido siempre los samuráis. Un hombre de esa naturaleza puede lograr cosas qué no haríamos nadie fácilmente.

—Usted vio a ese asesino frente a frente, como le vi yo. ¿Se parecía al hombre de la fotografía?

—No. Al menos era treinta años más joven. Eso confirma mi teoría. Debe ser un familiar o un discípulo del antiguo agresor de su padre. Y ha decidido cumplir la venganza que el antecesor no pudo llevar a cabo.

—Suen a pura fantasía...

—Pero no lo es. Es la obra de una mente enferma, demencial, eso sí. Pero nada más. El peligro es cierto. Está aquí, sobre nosotros. Sé tan bien como usted que todo suena a absurdo, a grotesco y sin sentido. Pero usted conoce bien el Oriente. Sabe lo que un hombre de esa raza puede hacer, si tiene una idea fija, obsesiva, y la suficiente dosis de fantasía para cumplirla, como parece ser, sin duda, el caso de este samurái surgido de la nada, de las sombras de una noche en esta ciudad, como materializado por medio de una siniestra magia. Ahora ya sabe que ni siquiera usted está a salvo. Y eso, en realidad, no hace sino confirmar mi teoría. Esa fotografía hecha el día de la rendición será, sin duda, muy esclarecedora, a poca suerte que tengamos.

—¿Hay noticias de Tokio?

—Sí, las hay. Interpol las ha transmitido para nosotros urgentemente —asintió el jefe de Damon, Clark R. Bellamy—. Éstos son los datos recibidos desde la capital japonesa, Farr.

Damon tomó el mensaje del télex, fechado en Tokio. La información era escueta:

Ampliación fotográfica coincide con la identidad de Tsuki Nikko, antiguo teniente naval de la armada imperial, muerto en 1966 en Osaka. La computadora corrobora el informe. Viudo, se le conoce un hijo, Nagasa Nikko, actualmente en paradero desconocido. Soliciten ampliación de datos si procede.

—¡Ya lo creo que procede! —exclamó Damon con viveza—. Por favor, pidan todos los datos personales, profesionales e incluso médicos, del teniente de navío Tsuki Nikko, y de su hijo Nagasa a la mayor urgencia posible. Creo que estamos sobre la pista, después de todo.

—Está bien —suspiró Bellamy—. Se hará sin pérdida de tiempo. Farr, he teleografiado a Tokio a un miembro de la CIA en esa ciudad. No es que me guste colaborar con la CIA habitualmente, pero por esta vez, tendré que dejar los escrúpulos para otra ocasión.

—¿El hombre de la CIA en Tokio?

—Sí. Se trata de un hombre duro y decidido. Lukas Talbot. Oficialmente, es importador-exportador de frutos. Pero es el hombre de la Agencia en el Japón. Eficaz y poco escrupuloso, como es norma en ellos. Puede sernos útil, llegado el caso.

—¿Está dispuesta la CIA a colaborar?

—Sí, lo está.

—Qué raro. Nunca nos hemos llevado demasiado bien ellos y yo. ¿Por qué lo hacen?

Bellamy se echó a reír, moviendo la cabeza.

—Veo que no es fácil engañarle, Farr —comentó divertido—. Sabía que había gato encerrado en todo esto, ¿no?

—Normal. Siendo el FBI y la CIA los que cooperan como hermanitos bien avenidos, hay para sospechar algo oscuro, señor —rió a su vez Damon.

—Pues sí, lo hay. Algo que usted no imaginaría fácilmente. El coronel Willoughby trabajaba para la CIA últimamente, desde que se retirara de su carrera militar.

—Vaya... —Silbó Damon entre dientes—. Eso empieza a tener sentido. ¿Qué piensa la Agencia de todo esto?

—Nada. Está tan confusa como nosotros. Suponen que se trata de una acción aislada, la de un asesino solitario y, posiblemente, psicópata.

—Sí, es lo que parece —gruñó Damon—. Lo que ocurre es que yo, desde que mataron al Presidente Kennedy, desconfío por naturaleza de las versiones fáciles que lo explican todo con un psicópata que trabaja en solitario. Entonces fue Oswald. Ahora podría ser ese samurái.

—¿Cree en una conspiración?

—No, claro que no. Pero no me gusta que las cosas se traten de explicar con demasiada simplicidad. Se corre el riesgo de cometer un error. ¿Cuál ha sido el último resultado de la búsqueda en Sausalito y Marin County?

—Negativo por completo. Sin duda, ese japonés conocía bien el terreno que pisaba —tomó el teléfono y transmitió una orden con relación a Interpol, solicitando urgentemente nuevos informes desde Tokio al respecto. Tras eso, miró a Damon y añadió—: Creo que será inútil seguir batiendo aquella zona.

—¿No le parece raro que un japonés vestido de samurái pueda ocultarse tan fácilmente en nuestro país, en una zona poblada inmediata a San Francisco, y en pleno día?

—Sí, pero es evidente que ha ocurrido.

—Pero ¿cómo ha podido ocurrir?

—Lo ignoro, Farr. Seguramente cambió sus ropas. Nadie prestaría demasiada atención a un oriental cualquiera, vestido con un traje occidental, como cualquiera de nosotros, y paseando por cualquier calle tranquilamente. Ser japonés o chino no es un delito.

—Sin embargo, todo oriental visto en esa zona, sería detenido por las patrullas y obligado a identificarse. Sabemos que ha ocurrido con algunos.

—Tal vez él sea uno de ellos, con documentación falsa —sugirió Bellamy.

—Sí, tal vez. En fin, dejemos la cuestión —gruñó Damon, ceñudo, paseando por la estancia—. ¿Ha localizado a más personas que participasen en la ceremonia de rendición o, en su defecto, a familiares directos de esas personas?

—En San Francisco, solamente a una mujer, Monna Reeves.

—¿Una mujer? —Pestañeó Damon, sorprendido—. ¿En la firma de la rendición?

—No, no —rió suavemente su jefe—. Es una muchacha joven, como Yoko Miller. Pero totalmente americana, de los pies a la cabeza. Su tío, Lester Reeves, era el oficial encargado de presentar los documentos para su firma a los respectivos delegados japoneses y norteamericanos allí presentes. Su graduación era la de mayor del Ejército de los Estados Unidos, adscrito al Alto Estado Mayor.

—¿Su sobrina es su único pariente?

—El único, sí. Tiene familia en Nueva York. Y sólo a la chica en esta ciudad. Lester Reeves murió en accidente de automóvil hace solamente tres años, en Dakland. Monna vive sola en San Francisco y trabaja en una empresa publicitaria de Van Ness Avenue.

—¿Tiene protección ahora?

—Sí, la tiene, no pase cuidado por ella. Lo mismo que Yoko Miller.

Sonó el teléfono. Lo descolgó Bellamy. Le informaron de algo. Su rostro se mostró ceñudo, preocupado. Dijo algo brusco, y colgó Bellamy. Le informaron de algo. Su rostro se mostró ceñudo, preocupado. Dijo algo brusco, y colgó. Sus ojos se clavaron en Damon. Éste supo que algo sucedía.

—Eran los agentes de Sausalito —informó—. Han encontrado algo raro en la bahía.

—¿Qué es ello?

—Huellas de aceite flotando en las aguas, junto a Sausalito, en la zona donde desapareció el samurái.

—Temo no entender bien, señor.

—Manchas de un aceite muy especial. Lo han examinado, estando todos de acuerdo. Es combustible de submarino.

—¿Qué?

—Un submarino. Y hay algo más. El FBI ha hecho bajar un hombre-rana al fondo en ese mismo punto. Ha encontrado señales de la presencia de un submarino de bolsillo en las profundidades. Debí permanecer allí con los motores parados, sin que nadie lo detectara, y salió de la bahía, posiblemente bajo el casco de algún buque, para burlar la vigilancia, en las pantallas de radar.

—Justo después de desaparecer el samurái, ¿no es eso lo que

sugiere usted?

—Sí, exactamente —afirmó con voz sorda el jefe de Inteligencia.

—Vaya... De modo que no actuaba tan solo, o sus recursos son mucho mayores de lo que imaginábamos —comentó Damon Farr con voz grave—. Podría tratarse sólo de una coincidencia, pero no me gusta creer en las coincidencias.

—A mí tampoco. ¿Qué piensa hacer, Farr?

—Yo no puedo perseguir ni localizar un submarino en el Pacífico, señor. Informe a la Marina. Yo, entre tanto, haré algo para matar el tiempo.

—¿Qué, exactamente?

—Visitar a esa chica, Monna Reeves. Y esperar los informes que ha solicitado usted a Tokio, señor. Tal vez algo se nos ha pasado por alto, no sé lo que pueda ser... Ah, y no deje de comunicarse con Lukas Talbot, el hombre de la CIA en Tokio. Puede sernos importante muy pronto. Más de lo que creemos.

—¿Por qué supone eso?

—No sé. Pero algo me dice que la clave de este extraño asunto no está solamente en San Francisco, ni mucho menos. Y que ese siniestro samurái es algo más, mucho más que un simple vengador a título personal...

CAPÍTULO VII

Monna Reeves era realmente una belleza.

Todo lo contrario de Yoko Miller, era extraordinariamente llamativa, de una agresividad sensual arrolladora. Sus formas resultaban generosas, exuberantes. Poseía unos senos dignos de competir con cualquier reina del busto de las que presentaban las publicaciones eróticas, sus caderas parecían las curvas de un ánfora, y sus muslos y nalgas poseían la redondez y mórbida arrogancia de una diosa pagana.

Su cabello era rubio y sedoso, abundante hasta golpear en cascada sus hombros. Unos grandes ojos azules le contemplaron con fijeza, revelando una turbia mezcla de sensualidad e interés.

—Yo soy Monna Reeves —dijo ella con voz ronroneante, profunda y sedosa—. ¿A qué ha venido, Damon?

A Farr le sorprendió su familiaridad para hablarle, siendo un desconocido. Tal vez era costumbre suya con las personas jóvenes como ella misma. Parecía una muchacha totalmente inhibida, libre de todo prejuicio.

—Me gusta cómo enfoca las cosas —sonrió Farr—. He venido a prevenirla. Y a pedir su ayuda, de paso.

—¿Prevenirme contra qué? ¿Mi ayuda para qué?

No había duda alguna. Le gustaba nombrar las cosas sin rodeos e ir al grano sin más ambages. Damon habló en la forma que a ella, sin duda, le gustaba:

—Debo prevenirla de un asesino. Puede peligrar su vida. Un loco fanático está asesinando a personas que asistieron hace más de treinta años a la rendición japonesa en Tokio. Y cuando la persona presente entonces no vive ya, ataca a sus familiares o descendientes. Usa una espada samurái y despedaza a sus víctimas. Ha tenido que leer u oír algo al respecto en la Prensa, la radio o la televisión.

—En efecto —afirmó ella, serena—. Conozco el caso. Pero

ignoraba las razones que movían a ese criminal. Usted ha averiguado que soy sobrina del mayor Reeves y teme por mí.

—Me alegra que lo entienda sin dificultades. Ésa es la situación.

—Bien. Ya estoy prevenida. ¿Ahora en qué debo ayudarle a usted?

—En intentar localizar, identificar o arrestar al asesino.

—Una tarea difícil para una mujer, ¿no cree? —sonrió ella, burlona.

—Para una mujer inteligente, no tanto.

—Muy amable —entornó sus azules ojos con expresión pensativa—. Pero el ser inteligente no me capacita para luchar contra un samurái asesino.

—Existen formas de luchar, señorita Reeves.

—Por favor, Damon, no sea ridículo. Somos casi de la misma edad, seguro. Mi nombre es Monna. ¿Por qué no me llamas así, y te dejas de cumplidos absurdos?

—Está bien, Monna. Es posible que sepas algo de ese asesino, aunque conscientemente lo ignores.

—Me temo que no, Damon. No sé nada de nada. Ni de él, ni de los asuntos de mi tío. A veces quería hablarme de la guerra. Su guerra, como yo decía. Nunca quise oírle. Ahora tal vez tenga que lamentarlo.

—Es algo que no podías saber, después de todo. No pienses en ello ahora. Lo importante es lo que sepas, no lo que hubieses podido llegar a saber.

—Es tan poco... El asistió, como tantos otros, a una ceremonia militar que ponía fin a una guerra terriblemente cruel y prolongada. No creo que tuviera un papel relevante en todo ello. Se limitó a asistir a la persona encargada de presentar a la firma los documentos rituales. Nada especial, creo.

—Desde entonces, ¿nunca le sucedió nada anormal, no le preocupó alguna cosa relacionada con aquellos momentos históricos?

—Que yo sepa, no. Al menos, nunca lo mencionó, ni yo le noté la más leve sombra de preocupación. Y mi tío era un hombre extrovertido, que no hubiese podido ocultar algo semejante.

—Entiendo. No me había hecho demasiadas ilusiones, después de todo. Lo ocurrido ha sido algo súbito, repentino, que ha parecido

materializarse de repente, sin previo aviso, regresando como una amenaza de un pasado demasiado remoto. A veces me pregunto si todo esto tiene algún sentido, si es algo verdaderamente real. Pero lo cierto es que sí lo es. Y que ya son varias las víctimas que cayeron. Eso, sin contar con las que pudieron haber caído además.

—¿Ha habido más agresiones de ese samurái?

—Sí, las ha habido. Un hombre que posee grandes empresas en Tokio, hijo de uno que también estuvo presente en aquella ceremonia, y una muchacha nacida de un americano y una japonesa, cuyo padre también asistió a la firma de la rendición, pudieron haber sido las víctimas cuarta y quinta, respectivamente, de ese demente sanguinario. Gracias a uno de ellos, hemos logrado identificar a un hombre que podría tener una remota relación con los hechos.

—¿De quién se trata? —se interesó la joven y atractiva publicista.

—De un japonés fanático, que encajó mal la derrota y rendición de su patria en aquel entonces. Sólo que ese hombre, en la actualidad, tendría más de setenta años, y nuestro samurái, a quien he llegado a ver cara a cara por un momento, dista mucho de tener esa edad.

—¿Entonces...? —Enarcó las cejas Monna Reeves.

—Sospechamos que pueda ser un hijo suyo, de paradero desconocido en la actualidad. Estamos intentando localizarlo en el Japón.

—El Japón... —La joven se frotó pensativa la barbilla, y le miró con un destello de astucia en sus azules ojos—. Hum, eso me recuerda algo, Damon.

—¿Qué, exactamente?

—Tal vez no tenga la menor importancia, pero... Escucha. Damon, voy a hacerte una proposición —dijo con súbita jovialidad, poniendo una mano manicurada en el brazo de Farr, y acercándose tanto a éste, que sus desarrollados senos rozaron con firmeza el torso del joven.

—¿Una proposición? —Damon sonrió burlonamente—. Adelante, Monna.

—No, no te hagas ilusiones —rió ella—. Todavía no es nada de eso. Sólo te sugiero que cenemos juntos esta noche. En cualquier

restaurante que tú conozcas. Te llevaré algo que tal vez resulte interesante y que había olvidado por completo.

—¿Relacionado con este asunto?

—Relacionado con este asunto —afirmó ella—. Tienes mi palabra.

—Correré el riesgo —rió a su vez Farr con ironía—. ¿A las ocho en tu casa?

—No hará falta. Vivo bastante alejada del centro. A las ocho en el restaurante que tú elijas.

Damon reflexionó un momento. Dio un nombre, y ella asintió.

—No faltes —le pidió, guiñándole un ojo—. Valdrá la pena.

—No faltaría por nada del mundo, aunque no llevases nada más que tu persona.

Y no faltó. A las ocho en punto estaba en un restaurante marisquero de

Fisherman's

Wharf. A las ocho y cinco, con rara puntualidad para una mujer, llegaba Monna Reeves, ataviada con un traje de noche y una capa. Al desprenderse de ésta, Damon se quedó casi sin aliento. El busto llamativo y espectacular de la joven resplandecía en toda su magnitud y belleza con aquel profundo, agresivo escote. Todo el vestido, de oscuro tejido brillante, se adhería a su cuerpo como una segunda piel.

—Lo que dije antes —sonrió Damon, invitándola a sentarse con él en una mesa asomada a los embarcaderos del pintoresco barrio pescador de San Francisco—. Valía la pena esta cita, sólo por verte así.

—Pero no es eso solamente lo que te ha traído aquí, admítelo. Debes estar muerto de curiosidad por saber lo que tengo que entregarte.

—La verdad, sí. Pero si no es urgente, puede esperar. Cenemos, y luego hablaremos de cosas prosaicas, Monna. ¿De acuerdo?

—Eres adorable, Damon —suspiró ella, mirándole largamente—. Creí que sólo en el cine y en la televisión había espías tan guapos y atractivos como tú.

—No soy espía —rió él de buena gana—. Sólo agente especial del FBI para asuntos de seguridad nacional.

—Viene a ser lo mismo, querido. Eres mi guapo y adorable

espía, eso es todo.

Saborearon los mariscos y crustáceos de la casa, rociados con excelente vino blanco. Luego, ya en los postres, el rostro de Monna se tornó algo más serio, buscó en su bolso, y extrajo un sobre abierto, de papel color crema, que tendió a Damon. Éste observó que llevaba franqueo postal japonés y matasellos de Tokio. Iba dirigido al mayor Lester Reeves.

—Toma —dijo—. Puedes abrirlo y leer lo que hay dentro. Te lo puedes quedar, si lo necesitas. Después de todo, mi tío nunca podrá ya recibirlo. Sus remitentes debían ignorar su fallecimiento.

Damon Farr frunció el ceño, alzando la solapa del sobre. Extrajo un tarjetón del mismo color, con una orla ondulada, como las invitaciones de boda. Estaba impreso, con una firma ilegible al final. Lo leyó, absorto.

Esta Asociación tiene el placer de invitarle a su Convención decenal que, con motivo de la conmemoración de tan histórica fecha, celebra habitualmente.

Éste año, como tantos otros hasta la fecha, nos reuniremos los supervivientes de entonces, habiendo elegido en la presente ocasión la propia ciudad de Tokio, donde tuvimos el alto honor de estar presentes en la firma de la rendición incondicional de nuestro entonces enemigo.

Tokio, agosto de 19...

La tarjeta llevaba por membrete el de una tal Asociación de Ex Combatientes Americanos Testigos de la Rendición Japonesa.

La fecha de la reunión en Tokio era, naturalmente, la misma de dicha rendición. Es decir, el 15 de agosto de ese año en curso.

—¡El 15 de agosto en Tokio! —exclamó, perplejo y sobresaltado. Miró a Monna con expresión aturdida—. No tenía la menor idea de este encuentro... Y tal vez sean muchos aún los que vivan y acudan allí...

—Eso supongo —ella afirmó, pensativa, mirándole con una sonrisa suave. Sus ojos azules chispeaban—. ¿Te resulta útil este informe, Damon?

—¡Mucho más que eso! Puede salvar muchas vidas y ayudarnos

a capturar al samurái. Si él conoce este hecho, no perderá una ocasión tan perfecta de exterminar a sus enemigos mortales, estoy seguro.

—Tío Lester recibió tarde esta invitación. Ya había muerto, aunque ellos no lo sepan. La recibí hace tres meses, aunque lleve fecha del mes en curso.

—Sin duda no quisieron correr el riesgo de que sus miembros recibieran tarde la misiva. Lo extraño es que ese samurái se desplazase a San Francisco, si pudo saber que tendría todas sus víctimas reunidas en Tokio.

—Tal vez pensó que algunos de ellos podían no acudir allí. Por ejemplo, tío Reeves sí hubiera ido, estoy segura, pero no todos tendrán ocasión, dinero o deseos de revivir el pasado en su propio ambiente...

—Sin duda —el rostro de Damon revelaba una tremenda confusión de ideas—. ¿De veras puedo guardar esta invitación, Monna?

—Por supuesto —sonrió ella—. ¿Piensas acudir a Tokio?

—Ésa es, justamente, mi idea.

—No creo que nadie admita que estuviste en el Japón hace treinta y tantos años, a menos que fueses en el vientre de tu madre, y ni siquiera eso.

—Pero puedo hacerme pasar por el hijo de alguno de ellos y controlar la situación —guardó la tarjeta en su bolsillo—. Faltan solamente ocho días para esa Convención. Tendré que darme prisa, Monna.

—¿Tanta como para dejarme aquí ahora colgada? —Hizo ella un mohín.

—Cielos, claro que no. La noche es nuestra. Sé adónde podemos ir a bailar y tomar una botella de champaña. ¿Qué tal la idea?

—Maravillosa, Damon —aprobó ella con entusiasmo.

Realmente, fue suya la noche. De Damon Farr y de Monna Reeves. Toda la noche.

Porque el baile, el champaña y la cena tuvieron su epílogo. Un epílogo en el apartamento de la joven publicista, que duró hasta el amanecer.

Damon tuvo ocasión de ver sin ropa alguna encima, las generosas formas de aquella muchacha endiabladamente sensual y

llamativa, recorrerla con sus manos acariciadoras, y besar los carnosos labios en ofrenda espontánea.

Luego se sumergió en una vorágine de pasión, sintiendo contra su piel la suave y cálida de ella, notando cómo aquellas curvas voluptuosas se apretaban en contacto con su cuerpo, encendiéndole de deseos. Deseos que fueron satisfechos sobradamente, en una maravillosa batalla de amantes, entre penumbras cómplices que acogieron sus jadeos, gemidos y frases apasionadas.

CAPÍTULO VIII

Clark R. Bellamy señaló el mapa de San Francisco que cubría ahora un panel de su despacho. Ayudado con una larga varilla, señaló determinados puntos del mismo.

—Ese día, Damon, salieron varios barcos de la bahía, como siempre —explicó—. Pero la hora en que fue atacada Yoko Miller y la infructuosa búsqueda del samurái en la zona de Sausalito, hemos comprobado, a través de los servicios de guardacostas y del control de la Marina que solamente tres embarcaciones pasaron exactamente por el lugar donde fue detectado el rastro de aceite.

—¿Y...?

—En ninguno de los tres casos captó nada la pantalla de radar. Tampoco el sonar que habitualmente llevan los guardacostas. Ello quiere decir que el submarino iba con máquinas paradas.

—Pero con las máquinas paradas no puede desplazarse.

—Exacto —los ojos de Bellamy brillaron—. Y para que el radar no capte su presencia, sólo cabe una cosa: que vaya sumergido justamente debajo de otra embarcación mayor, que señale su presencia en el radar, anulando la señal del submarino.

—Eso sólo ocurriría si el submarino fuese adherido a un barco, remolcado por éste.

—Es la misma idea que han tenido los de la Marina. De los tres barcos controlados en su salida de puerto, uno de ellos era un pesquero de escaso tonelaje que difícilmente hubiese podido cumplir tal misión. Quedan dos posibilidades, un yate con matrícula de San Francisco, llamado *Dolphin*, y un carguero japonés, de nombre *Kimuto Maru*.

—Vaya... —El rostro de Damon Farr reveló excitación—. Eso ya es algo. ¿Se ha interceptado a alguno de esos barcos?

—A los dos —suspiró Bellamy—. En alta mar los abordó un buque nuestro, con la excusa de una revisión sanitaria urgente.

—¿Hubo oposición?

—No, ninguno se opuso. Pero tampoco hubo resultados prácticos.

—¿Ni un indicio?

—Nada. Debajo no hallaron submarino alguno, ni sistema que permitiese llevarlo sujeto bajo el casco. Si fue así, desmontaron todo oportunamente, y el submarino se despegó de su barco-nodriz, emprendiendo sólo la singladura.

—Un submarino puede ser localizado, ¿no?

—Naturalmente. Lo están intentando. Pero el Pacífico es muy grande y desconocemos la ruta que haya podido tomar.

—Quizá la del Japón.

—Aun en ese caso, puede seguir diversos rumbos si no tiene demasiada prisa en arribar allí. Las autoridades navales japonesas están alertadas por si detectan su llegada.

—Creo que sí tiene una fecha tope para llegar al Japón.

—El 15 de agosto, ¿no? —comentó Bellamy, mirándole pensativo.

—Exacto, señor.

—Le sobra tiempo para navegar en cualquier dirección, y luego desviarse hacia las islas niponas a toda máquina. Debe ser muy pequeño, tal vez un submarino especial, para escasos tripulantes. Su tamaño dificultará su localización considerablemente.

—¿Qué barco sospechan que ayudó a salir a ese submarino de bolsillo de la bahía de San Francisco?

—Lógicamente, tuvo que ser el *Kimuto Maru*. Llegó a puerto dos días antes de empezar esta pesadilla.

—¿Qué clase de barco es?

—Un viejo carguero sin nada especial. Su tripulación no sabe nada ni entiende nada. Sólo hablan japonés. Al menos, eso dicen ellos. Su capitán es un viejo marino que combatió en la guerra con su país, y chapurrea algo de inglés, lo indispensable. Se mostró muy obsequioso, y nada más.

—De modo que nuestro samurái no trabaja tan sólo como creíamos...

—Evidentemente, no. Cuando menos, necesita una cierta organización. Y medios. Un submarino, por pequeño que sea, vale una fortuna. El apoyo o complicidad de un barco con su tripulación

completa, denota la existencia de un plan, de un complot.

—Del cual, el samurái es la figura central. ¿Cree en la existencia de una organización japonesa antioccidental, o antiamericana por lo menos, dotada de medios para atacar a las personas que le causaron daño en el pasado?

—¿Usted no, Farr?

—Resulta poco congruente imaginar ese despliegue de medios materiales y humanos para matar simplemente a unos pocos ancianos y a algunos hijos de otros que ya no existen.

—Pues eso es lo que han hecho hasta hoy.

—Sí, ya lo sé. Pero es que hay algo en todo esto que no logro entenderlo, señor... Como si se me escapara un dato, Un detalle cualquiera que hiciese encajar todas las piezas del rompecabezas y le diera sentido.

—Creo que lo único que tiene sentido es que dentro de unos días, al menos cincuenta personas que estuvieron en la rendición japonesa de 1945, van a reunirse en Tokio, según el informe que nos ha enviado Lukas Talbot, de la CIA. Por otro lado, las autoridades japonesas confirman que el difunto Tsuki Nikko era un fanático enemigo de los occidentales, un hombre que jamás perdonó la derrota de su país, y que educó a su hijo Nagasa en igual ambiente, inculcándole ese odio por encima de todas las cosas. Nagasa Nikko vistió siempre la usanza japonesa tradicional, no se mezcló nunca con occidentales, trabajó solamente en tareas manuales niponas, y cursó sus estudios en japonés, negándose a estudiar el inglés ni la cultura occidental. Eso encaja en nuestro cuadro perfectamente, ¿no?

—Sí —suspiró Farr—. Parece ser que Nagasa Nikko es el samurái que buscamos. Y que su padre fue el principal responsable de todo, al inculcarle ese odio irracional que él ya sacó a flote cuando agredió al padre de Yoko, en 1945.

—Pero nadie sabe dónde está Nagasa ahora.

—Podemos imaginarlo fácilmente —comentó Damon con ironía—. Navegando bajo las aguas del Pacífico en un submarino de bolsillo, rumbo a Tokio.

Clark R. Bellamy enrolló el gran mapa mural de San Francisco y la bahía, depositando la varilla en su soporte. Luego caminó hasta su mesa de trabajo, mirando pensativo a su subordinado del FBI.

—¿Cuándo va a salir hacia Tokio, Farr? —quiso saber.

Damon sonrió torvamente.

—Tengo una oferta especial, señor —dijo—. He hablado del asunto con Morgan Wayne, el presidente de la Kabuko, y me ha ofrecido una plaza en su avión particular, con el que regresa al Japón esta misma semana. Llegaré muy a tiempo de asistir a esa Convención, señor.

—Tenga mucho cuidado cuando llegue allí. Las cosas pueden ponerse bastante más peligrosas, con ese samurái en su propio ambiente.

—Lo sé —asintió Damon Farr—. Pero no hay otra alternativa, y usted lo sabe. Si queremos terminar de una vez con este asunto sin que corra más sangre, hay que dar con ese samurái. Y eso sólo podemos hacerlo en el propio Tokio...

El océano era como un inmenso espejo azul, allá abajo. Solamente algunas algodonosas y flotantes nubecillas blancas desfilaban bajo el vientre del reactor, en su vuelo directo San Francisco-Tokio.

El interior del aparato era realmente confortable, muy diferente al de cualquier avión de línea regular. Construido para hacer de su uso un verdadero placer, estaba dividido en salas o compartimentos, bien de trabajo, bien de reposo. Salas en las que la forma cuadrangular de las ventanillas y sus cortinajes, le hacían a uno pensar que ni siquiera estaba en pleno vuelo, dentro de un avión.

Damon Farr y su anfitrión en aquel cómodo viaje, el magnate de la industria electrónica japonesa, Morgan Wayne, estaban acomodados en un salón de lectura, con mueble-bar, tocadiscos y un televisor con videocasette, para programar el propio viajero todo lo que seleccionase de una amplia y surtida colección de grabaciones televisivas. No faltaba detalle alguno para dar comodidades a los pasajeros de aquella especie de hotel flotante que era el reactor propiedad de Morgan Wayne.

—Viajar así es fascinante —comentó Farr, tomando un sorbo de su vaso de excelente *bourbon*.

—No lo crea —bostezó Wayne, moviendo la cabeza negativamente—. Viajar cansa siempre, por muchas que sean las comodidades. Sobre todo, cuando se viaja por obligación y no por

simple placer. Los negocios agotan más cuando tiene uno que desplazarse de un país a otro, recorriendo medio mundo, créame.

—Aun así, esto resulta infinitamente mejor que tomar un avión de línea regular, Wayne, tiene que admitirlo.

—Eso sí. Pero cuando deje los negocios, si eso ocurre alguna vez, no echaré de menos en absoluto esta forma de viajar, puede estar seguro de ello —dirigió una mirada indiferente a la pantalla del televisor, donde un programa musical se exhibía ahora, y preguntó a su invitado—: ¿Le interesa ver televisión, Farr?

—Oh, no, no —rechazó Damon—. Es algo que detesto.

—Yo también —suspiró el millonario, cerrando el paso del video con una leve presión en el mando—. Prefiero oír música de fondo.

Automáticamente, al cesar la TV, un sistema de ocultos altavoces, de sonido muy suave, emitieron música de violines. El zumbido de los reactores apenas si era audible allí dentro, gracias a la insonorización de las estancias interiores del aparato.

—¿Espera que todo vaya bien en Tokio, Farr? —se interesó el magnate.

—Confío en ello. Lo contrario, sería un perfecto desastre.

—No sé por qué se reúne esa gente. Que yo sepa, mi padre nunca asistió a Convención alguna. Ni siquiera le había oído hablar de ellas, la verdad.

—Según mis informes, sin embargo, serán más de cincuenta los asistentes, en su gran mayoría procedentes de Nueva York y del sur de los Estados Unidos.

—¿Nadie de San Francisco?

—No queda ninguno con vida. Sólo estaban ellos tres: el general Willoughby, Jason Morrow y Charles Walters, mi colega del FBI. El samurái supo asestar sus golpes certeramente.

—Uf, no me hable del samurái —se estremeció ostensiblemente Morgan Wayne—. Cada vez que recuerdo su ataque de aquella noche, me parece mentira que aún siga vivo...

—Sé lo que siente. Yo también me enfrenté a él en una ocasión. Ni siquiera parecía humano. Viéndole, uno comprende cuál debía de ser la impresión de verse venir encima a un kamikaze.

—Por fortuna, los japoneses hoy en día ya no son así. Sus costumbres y mentalidad se han adaptado a la nuestra, aunque sigan siendo fieles a un modo de ser y de sentir. Los casos como el

de ese samurái, por suerte, ya no son frecuentes.

—Lo sé —asintió Damon Farr, pensativo—. El caso de ese hombre es distinto. Fue criado en el odio, convertido en una máquina para destruir lo que su padre aborrecía.

—Tenga cuidado con él. Si odia tanto a los demás, es evidente que también odiará a los enemigos a quienes no pudo vencer.

—Yo no me olvido de eso, Wayne. Trate usted de hacer lo mismo.

—Ya he telefoneado a mi empresa para que instale medidas especiales de seguridad en mi despacho y en mi casa de Tokio. También he encargado a una entidad de protección personal que se ocupe de mí durante mis desplazamientos por el país. Tengo en mucha estima mi piel, amigo mío. Y más frente a un enemigo semejante.

El avión seguía su vuelo hacia el Este, sobre las aguas del Pacífico. Su velocidad era considerable, aunque allí dentro no se advirtiera absolutamente nada. Wayne miró su reloj, incorporándose con un suspiro.

—Pasemos a la cabina-comedor, amigo Farr —invitó—. Creo que es la hora del almuerzo. A bordo disponemos de un excelente cocinero y unas viandas inmejorables.

—Estaba seguro de eso —sonrió Damon, siguiéndole—. No podía ser de otro modo, en este palacio volador.

Wayne sonrió, sin decir nada, y entraron en una cabina con la mesa servida ya, y un camarero de blanco uniforme preparando en un carrito los entremeses y vinos. Realmente, pensó Damon Farr, él había equivocado su carrera. Era mucho más cómodo y agradable ser multimillonario que agente del FBI.

Tokio.

Una inmensa colmena humana, calles repletas de luces, de anuncios, de locales de diversión, tiendas y establecimientos de todo género. Una riada de vehículos incesante, y más de nueve millones de seres apelmazados en una urbe modernísima pero angustiosamente asfixiada por la contaminación y la vida civilizada del presente.

Damon Farr apartó con dificultad sus ojos del amplio ventanal del club marineró donde se hallaba acomodado ahora, para fijarlos en su acompañante, Lukas Talbot, agente de la CIA en Tokio,

aunque oficialmente fuese exportador e importador de frutos.

—Creí que en San Francisco me ahogaba —comentó—. Y esto le da cien vueltas.

—Tokio es agobiante —rió Talbot, un hombre alto, rubio, atlético y risueño, con gafas de montura dorada, y engañosa ingenuidad en unos ojos azul oscuros que miraban francamente—. Pero uno acaba por acostumbrarse a él. No sé si por sus bonitas geishas, por sus baños orientales... o por el carácter de sus habitantes.

—Talbot, me parece usted un hombre de gustos muy pecaminosos —rió a su vez Damon Farr.

—Eso, desde luego. Si supiera la dulzura de las caricias de unas manos japonesas en su espalda... —entornó los ojos, como en éxtasis. Cuando los abrió, se topó con la sonrisa irónica de su colega de San Francisco, y se puso algo más serio—. Bueno, dejemos eso, o mis buenos amigos del FBI van a tener un motivo más para enemistarse con la CIA. Usted ha venido a trabajar, no a ponerse en manos de dulces masajistas orientales, ¿no es cierto?

—Muy cierto, sí. ¿Qué sabe de esa Convención, Talbot?

—Que se celebrará el día 15 en el Palacio de Cristal de Ueno Park, junto al zoo. Eso queda algo al norte de la ciudad, en el distrito de Ueno, precisamente.

—¿Ha llegado ya alguien para la reunión?

—Que yo sepa, no. Y tengo controlados los nombres de todos los que han anunciado su asistencia, gracias a los buenos oficios del Presidente del Centro Americano Militar de Tokio.

—¿Le ha informado usted de algo al respecto?

—No, para evitar el pánico en los asistentes.

—Hizo bien. Si ellos salen de estampida, perderemos la única oportunidad de coger vivo o muerto a nuestro maldito samurái. Talbot, ese recinto ¿ofrece posibilidades de control fácil?

—¿El Palacio de Cristal? —Talbot frunció el ceño—. Es bastante amplio y tiene muchas salidas. Eso es mala cosa, pero puedo movilizar a un grupo de agentes japoneses que me ayuden. El jefe del Servicio de Inteligencia del Gobierno japonés no ignora quién soy yo, en realidad. En nuestro mundo, Farr, no creo que ninguno engañemos al otro. Sólo que la gente se hace la tonta mientras le conviene. También tengo buena amistad con Hokkado Kyo, de los

servicios de Seguridad japoneses. Puede sernos muy útil llegado el momento.

—Bien. Confío en que la operación quede bien montada antes de iniciarse la Convención. También habrá que vigilar a sus participantes en los respectivos hoteles.

—No será mucho problema. Se alojan, en su totalidad, en dos hoteles solamente: el Hotel Yashima y el Hotel Tokyo. No distan mucho entre sí, de modo que un buen servicio controlará ambos edificios a la perfección.

—Veo que para usted no hay ningún problema —sonrió Damon.

—Oh, ¿por qué habría de haberlo? Ahora, todo parece fácil. Cuando ese condenado samurái loco entre en escena, la cosa será diferente. De todos modos, el hecho de que esta Convención coincida con las conversaciones SALT, que se inician el día 14 en la isla de Miyako, del Archipiélago de las Ryukyu, dificulta algo las cosas, porque casi todos los servicios de Seguridad, lógicamente, estarán allí para proteger a los Presidentes de Estados Unidos y de la Unión Soviética, y sus respectivas delegaciones.

—Oh, cierto. Había olvidado por completo lo de las SALT... —Danton se golpeó la frente, arrugando el ceño—. Espero que Tokio no se quede sin policía por ese motivo.

—No hay cuidado. Este país es sumamente democrático, pero posee una fuerza policial tan respetable como contundente. Pueden hacer frente a las dos circunstancias sin dificultad alguna, aunque es natural que la gran mayoría de los servicios de protección y vigilancia se desplacen a las Ryukyu para evitar contingencias.

—Una pregunta más, Talbot, y podremos pasar a charlar de otras cosas... e incluso permitiré que me muestre usted los encantos nocturnos de Tokio, incluidas sus famosas masajistas de manos suaves.

—¡Bravo, Farr! —Palmeó jovialmente Talbot en su rodilla—. Había empezado a creer que el FBI me había enviado a un puritano... Va a pasar una noche inolvidable, amigo mío, se lo garantizo. Adelante con esa pregunta.

—¿Qué sabe del carguero *Kimuto Maru*, procedente de San Francisco?

—Absolutamente nada —negó con la cabeza el hombre de la CIA en Tokio—. Aquí no ha entrado todavía, ni saben cosa alguna

de su inmediata llegada en la consignataria. Es posible que, dada su vetustez, tarde bastante en llegar al Japón.

—Sí, es posible. ¿Algo respecto al yate californiano *Dolphin*?

—Lo que me han comunicado de San Francisco: viajó con destino a Honolulu, a dónde llegó el otro día sin novedad. Evidentemente, o nos están engañando a todos muy bien, o ese yate no tiene nada en absoluto que ver en el asunto.

—Pienso lo mismo. Sigo opinando que la clave de todo está en el *Kimuto Maru*. ¿Quién es el armador de ese barco?

—He indagado la cuestión, y nadie sabe gran cosa. Dicen que pertenece a una sociedad pesquera que explota un par de viejos barcos de carga y cabotaje, pero nadie sabe mucho de esa empresa, que tiene sus oficinas centrales en Osaka. He pedido datos allí, y los estoy esperando. Es posible que los armadores nada tengan que ver con el asunto del samurái y la existencia de un posible submarino de bolsillo.

—Sí, es posible. Vamos, Talbot. Cenemos algo y visitemos el Tokio nocturno. Sigo pensando que algo no encaja en todo esto. Pero no sé qué diablos puede ser... Ojalá sus maravillosas geishas me hagan refrescar las ideas, amigo mío.

—Es lo único que podrían refrescarle, palabra —dijo burlonamente Talbot con una carcajada.

CAPÍTULO IX

El caso era que Lukas Talbot tenía razón.

Un baño oriental con una delicada japonesita masajeando su desnudo cuerpo en relax, era mucho más de lo que nadie podía imaginar. Las manos de aquella japonesa que se encerró con él en el baño como la cosa más natural del mundo, sin por ello perder su ingenua sonrisa y su infantil dulzura, eran verdadera seda sobre su piel.

Luego, envuelto en una esponjosa toalla, fue conducido a otra sala donde le masajeó activa pero dulcísimamente de nuevo. Talbot, en alguna otra estancia, debía de estar en el séptimo cielo, pensó Damon Farr, mientras él mismo notaba los efectos de aquellas caricias, que ya no eran relajantes ni mucho menos.

Lo cierto es que cuando llegó el momento de hacer el amor, la delicada geisha demostró que el sexo podía ser un arte completo, tan sutil y delicadamente le hizo gozar, convirtiendo en hermoso lo procaz y en ingenuo lo voluptuoso. Pero tal vez precisamente por ello, el placer sensual fue mucho más lejos de cuanto pudo imaginar.

—Talbot tenía razón —comentó para sí—. Debe ser fascinante vivir en Tokio. Fascinante... y devastador a la vez.

Después, le hicieron una representación escénica, con delicada música de instrumentos de cuerda japoneses, a la que se unió Lukas Talbot, que parecía flotar entre nubes todavía.

Ataviadas con sus kimonos bordados, y provistas de máscaras blancas, las jovencitas japonesas cantaban y danzaban delicadamente, expresándose dulcemente en su lengua, de forma casi musical.

—¿Qué quiere decir todo esto? —preguntó Damon en voz baja a su amigo—. ¿Entiendes suficiente japonés para traducirme algo?

—Es una de sus ingenuas y deliciosas representaciones —explicó

el hombre de la CIA—. Resulta un argumento sumamente complicado, en el que intervienen personajes como el Bien, el Mal, el Amor o el Odio, el Viento y el Fuego. Esa otra máscara que lleva la muchacha del kimono rojo, y que es más grande y fea de todas, es el Engaño.

—¿El engaño?

—Sí. El texto habla de algo así como una mentira utilizada para encubrir una verdad, engañando a todos los demás. Para ello, el Engaño tiene que aparecer más llamativo que nadie. Atrae así las miradas de todos hacia su persona, y entre tanto el Mal y El Odio pueden actuar impunemente en las confiadas personas que no advierten su presencia. Como ves, todo muy simple e ingenuo. Así son ellos y así es su teatro.

Damon Farr arrugó el ceño. Se quedó mirando a Talbot con ojos muy fijos. Tanto, que el agente de la CIA le contempló a su vez, sorprendido, indagando:

—¿Te ocurre algo, Farr?

—No, no es nada —rechazó él, de pronto, como despertando de un sueño—. No sé por qué, por un momento, tus explicaciones me produjeron una especial inquietud...

—¿Inquietud? Vamos, vamos. Vienes demasiado susceptible de San Francisco. No hay nada inquietante en todo esto. Al final, el Engaño es descubierto, y el Mal y el Odio son vencidos por la Bondad. Ocurre siempre así.

Damon no dijo nada. Siguió con renovado interés la representación. Luego, al terminar, ambos aplaudieron. Las muchachas les sirvieron un licor de arroz, y se sentaron junto a ellos, ceremoniosas. Pero inevitablemente sus delicadas manos fueron llevando de nuevo a sus parejas a un clímax inevitable. La noche de Tokio, realmente, era tan larga como maravillosa. Lukas Talbot había tenido razón una vez más.

La Convención era al día siguiente. Y este día de sus vísperas, los diarios nipones dedicaban todas sus primeras páginas a la iniciación de las conversaciones SALT en la isla Miyako.

Damon Farr apartó los periódicos en lengua inglesa que acababa de leer, y examinó el amplio plano que Lukas Talbot le mostraba, extendido sobre la mesa.

—Mira, Damon —explicó el agente de la CIA—. Éste es el

Palacio de Cristal. Todas estas aberturas son los accesos al recinto. Los puntos azules, trazados en el plano, señalan el emplazamiento de servicios de Seguridad. Como verás, no hay posibilidad de que el samurái entre en el recinto para nada. El control de tarjetas de identificación será riguroso, y nadie ajeno a la Convención podrá entrar en el Palacio. En cuanto a los dos hoteles donde están los asistentes, puedes ver los puntos rojos, que son también los vigilantes puestos para garantizar la seguridad de los asistentes. Todo está bajo control. Ahora, a esperar que aparezca ese fantasmón asesino, para caer sobre él.

—Muy bien, Talbot —aprobó Damon Farr—. Veo que todo está en orden. Es un buen trabajo. ¿Dónde estarás tú mañana?

—Esta noche y mañana, revisaré el Palacio de Cristal, por si acaso. Tú puedes darte una vuelta por los dos hoteles. Ya ves su situación exacta en el plano. Uno está en Marunouchi, y el otro a escasas manzanas, en Nihonbashi.

—Sí, iré por allí, para reunirnos luego en el Palacio de Cristal, dos horas antes de iniciarse la Convención. Estoy seguro de que, si ocurre algo, será en ese Palacio donde el samurái intente descargar su golpe.

—Pues como no se atavíe de un modo más discreto, creo que no podrá ir muy lejos —rió Talbot de buena gana—. No se puede ir hoy en día por el mundo vestido de guerrero samurái, ni siquiera aquí, en el Japón. Si aparece en público con esas ropas, sería el blanco de todas las miradas, estoy seguro.

Damon Farr iba a decir algo. Se quedó callado. Miró a Talbot, repentinamente ceñudo. De nuevo aquella tensa expresión en su rostro y sus ojos, intrigó y preocupó a su compañero de la CIA.

—Oye, ¿qué te ocurre ahora? —quiso saber Talbot—. ¿Se te ha ocurrido alguna otra cosa?

—Sería el blanco de todas las miradas... —murmuró Damon—. ¿Es eso lo que has dicho?

—Sí, claro. ¿Por qué lo preguntas con esa cara?

—Sería... como el Engaño del teatro japonés, ¿no es cierto?

—¿El Engaño? —repitió Talbot, perplejo—. ¿Qué tiene ahora que ver eso con lo que estamos hablando? ¿Te sienta mal el sake, o es la comida japonesa?

—Tú lo dijiste. Todos miran al Engaño, porque es como el

reclamo que atrae todas las miradas... Y mientras tanto, el Odio y el Mal atacan a los confiados...

—Sí, así es la historia, pero no veo a qué viene...

—Dios mío, Talbot, acabas de darme por segunda vez la pieza que me faltaba, la que hace que todo este maldito *puzzle* encaje de alguna manera —jadeó Damon.

—¿Yo? —Parpadeó el agente de la CIA—. Pues no lo entiendo. ¿Qué es lo que he dicho yo?

—El Engaño, Talbot... El señuelo, la mentira para distraer a los demás... ¡Ésa es la pieza! Sabía que en alguna parte algo andaba mal, que no tenía sentido... Y acabo de dar con ello...

—Si no me aclaras más todo eso, sigo sin entender una sola palabra.

—Imagínate... Imagínate que el Engaño del teatro Noh japonés es... el samurái asesino. Va vestido de un modo que todo el mundo se fija en él. Mata de una forma especial, usando un arma insólita, como es una espada de samurái. Aparentemente, es un vengador fanático, apegado a las viejas tradiciones japonesas. Y, por supuesto, una vez que sabemos que aquí, en Tokio, se celebra una Convención de personas que, como sus víctimas, estuvieron en 1945 en la rendición japonesa, lo demás resulta sencillo de deducir. Demasiado sencillo, Talbot. Los árboles nos impiden ver el bosque. Y ese bosque, no lo olvides, lo forma un submarino de bolsillo introducido clandestinamente en la bahía de San Francisco, un barco carguero que le sirve de nodriza y de coraza protectora contra el radar...

Damon Farr hablaba excitadamente, como si las ideas se agolparan de repente en su cerebro, y la confusión que hasta entonces reinara en él, se transformase en clarividencia absoluta. Talbot, ahora, le escuchaba sombrío, realmente preocupado y lleno de asombro.

—Cielos, Damon, empiezo a ver dónde vas... Todo... todo ha sido un engaño, un enorme engaño. ¿Es eso lo que sugieres?

—Sí, eso.

—Pero..., pero el samurái mató a tres personas.

—Y hubiera matado a diez, de ser necesario. Una vida humana no cuenta para ellos.

—¿Ellos? ¿Quiénes, Damon?

—Los que están detrás del samurái asesino. Él nunca estuvo solo, aunque lo aparentase. Había método, recursos, organización. Lo dijimos ya una vez. Un complot, sí. Pero ¿contra qué o contra quién? ¿Contra un grupo de ancianos que viene a rememorar una vieja efemérides? Lo dudo mucho. Nadie monta todo este tinglado sólo para eso.

—Damon, parece olvidar que lo sabemos casi todo de ese samurái. Tiene que ser Nagasa Nikko, hijo del fanático Tsuki Nikko, que le crió en el odio a los americanos, a los occidentales todos. Todo encaja...

—Claro. No iban a ser tan necios de inventarse un samurái de guardarropía. Tenía que ser legítimo, hacer lo que hacía por convicción, matar guiado por un odio real, auténtico. Eso daría verosimilitud a la fantástica historia. Estaríamos ante un fanático enloquecido, a quien su padre moldeó la mente hasta hacer de él una máquina de matar. ¿Quién dudaría de tales hechos? El Engaño funcionaba de nuevo, como en el ingenuo teatro japonés, Talbot. Pero ahora sé que todo eso es falso.

—¿Quieres decir que..., que no atacará a los congresistas del Palacio de Cristal?

—Estoy seguro de ello. Eso ya no tiene objeto para ellos. El samurái posiblemente esté lejos de aquí. Oculto en alguna parte, para tenernos a todos sobre ascuas, montando un absurdo tinglado protector que no sirve absolutamente para nada, y que nos desviará de las auténticas intenciones de la organización que está oculta tras de los crímenes de ese guerrero medieval.

—Y esas intenciones reales... ¿cuáles pueden ser?

—Solamente existe una posibilidad, Talbot —dijo gravemente Damon Farr—. ¡Ésta!

Y su dedo señaló con rigidez la primera plana de un diario japonés en lengua inglesa, donde en grandes titulares anunciaba:

HOY SE INICIAN EN LA ISLA JAPONESA DE MIYAKO
LAS CONVERSACIONES SALT ENTRE LOS PRESIDENTES DE
LOS ESTADOS UNIDOS Y LA UNIÓN SOVIÉTICA.

—¡Dios mío! —Talbot se quedó mortalmente pálido de repente—. ¡Las SALT! ¡El presidente!

—O los presidentes —le rectificó con suavidad Farr—. No olvides que hay dos a estas horas en esa isla... Y que la muerte de ambos podría desencadenar la hecatombe, con China como presunta culpable... y su aliado, el Japón, como cómplice del doble magnicidio.

—Eso..., eso sería espantoso. La Tercera Guerra Mundial.

—Y tal vez también la última —sentenció amargamente Damon Farr.

—Dios, ¿qué podemos hacer?

—No lo sé. Sólo tenemos una teoría. No nos creerán con eso. Hemos de intentar algo nosotros dos. Pronto, comunícate con las Islas

Ryu-Kyu.

Apela a quien sea. E infórmate de algo.

—¿De qué, Damon? —jadeó Talbot.

—De si el carguero japonés *Kimuto Maru* está anclado o amarrado cerca de alguna de las islas vecinas a la de Miyako...

Talbot asintió, creyendo entender lo que pensaba su colega del FBI: Se precipitó a un teléfono, mientras Damon Farr tomaba otro, para llamar a San Francisco, a la Oficina Federal de Investigación.

Ahora sabían ambos que el tiempo apremiaba. Habían confiado, como todos, en una ingenua treta como las utilizadas por el teatro japonés. Y el engaño había hecho efecto una vez más.

Un engaño llamado samurái.

El *Kimuto Maru* mostraba su herrumbre y su vejez, justamente en la pequeña enseada que la empresa conservera y pesquera Hondo tenía ocupada por su factoría y embarcaderos con cobertizos para carga y descarga. Todo era normal, porque los guardacostas japoneses, que en los días de las conversaciones SALT patrullaban constantemente por las islas del Archipiélago, tenían visto con mucha frecuencia al viejo barco, de aspecto tan lamentable como inofensivo.

La tripulación cargaba y descargaba, al parecer ajena por completo a la vecindad de aquella otra isla cercana, la de Miyako, rodeada de navíos de guerra, helicópteros y toda dase de medidas de seguridad, incluidos submarinos.

Sin embargo, el capitán del carguero dirigía frecuentes miradas, con sus prismáticos, hacia la isla donde se hallaban reunidos en

estos momentos los dos hombres más poderosos del mundo, tratando de limitar las armas estratégicas nucleares. Parecía aguardar algo. Tal vez una señal.

Y la señal, al fin, llegó.

De la isla de Miyako se elevó una nubecilla de humo entre las palmeras. El humo trazó algunas bocanadas espaciadas, como el lenguaje de los pieles rojas americanos.

—¡Ya! —bramó el capitán del *Kimuto Maru*, soltando los prismáticos y lanzándose desde el puente, escalerillas abajo hacia la cubierta—. ¡La señal!

Los marineros que, hasta entonces, parecían tan ocupados en descargar embalajes, cobraron repentina actividad, soltando los bultos y corriendo a bordo. Se dispersaron, desapareciendo de cubierta.

En un costado del barco, se abrió cautelosa, silenciosamente, una compuerta bien disimulada entre los remaches y reparaciones del casco. Un tubo metálico emergió lentamente, pero no apuntó directo hacia la isla, sino al cielo despejado y sin nubes que patrullaban constantemente los helicópteros de seguridad.

El capitán llegó junto al cilindro de acero en compañía de una figura extraña y misteriosa. Un personaje ataviado con largo kimono negro, salpicado de dragones bordados, que se completaba con unos guantes de igual color y una caperuza de seda también negra, en la que dos agujeros estrechos permitían descubrir el frío brillo de una mirada dura y cruel.

—Todo a punto, señor —dijo el capitán del *Kimuto Maru*.

—Muy bien. Deje que yo lo haga. Es tarea mía. No quiero perderme el honor de ser quien inicie la gran representación en el teatro del mundo...

Su mano enguantada avanzó hacia un resorte rojo, situado en la culata del grueso tubo metálico. Habló entre tanto, con voz glacial:

—Ya saben lo que han de hacer inmediatamente después: empujar el cañón al mar. Hay suficiente profundidad en esta zona para que se hunda. El lecho arenoso lo engullirá en poco tiempo, dado su peso. Cuando lleguen los guardacostas habrá transcurrido un tiempo prudencial, dada la confusión que se producirá en la isla y sus alrededores. Para entonces, no deben encontrar a bordo nada comprometedor. Todo ha de ser normal, rutinario. Más tarde, si

detectan el lanza-torpedos, será tarde. Nosotros estaremos todos muy lejos de este paraje. Y el mundo tendrá muchas cosas de qué preocuparse, antes de buscarnos a nosotros.

Su dedo, implacable, presionó el resorte.

Hubo un zumbido áspero dentro del tubo de acero. Retrocedieron los hombres, mientras silenciosamente, con un sordo estampido interior apenas audible, brotó una forma puntiaguda, centelleante, de acero pulimentado y extremidad dorada.

—¡Ya está! —exclamó satisfecho el encapuchado—. El misil robado a China, va hacia su destino. Cuando localicen los restos de ese proyectil con cabeza nuclear, comprobarán que fue China quien llevó a cabo el atentado. La URSS caerá sobre el Japón y China, como aliados que son. Los Estados Unidos tendrán que intervenir también, muerto su presidente en el mismo atentado. Y llegará el caos.

Soltó una carcajada ronca, bajo su caperuza negra. El proyectil zumbaba, vertiginoso, hendiendo el aire hacia su destino.

Todas las precauciones tomadas en la isla podían ser burladas por aquel misil tierra-tierra o mar-tierra, puesto que el punto de reunión de los dos Presidentes no podía tener «paraguas» de protección anti-misiles. Y la velocidad de éste, lanzado a tan corta distancia, haría imposibles los intentos enemigos por frenar su marcha. Esta clase de sofisticados proyectiles poseían recursos propios para eludir por medio de sensores electrónicos cualquier impacto en su trayectoria hacia el blanco, irremisiblemente mortal.

Pese a ello, helicópteros y navíos comenzaron un masivo ataque al proyectil, en su inexorable viaje hacia la isla. Momentos después, el misil chino alcanzaba su objetivo y hacía impacto.

Una tremenda, demoledora explosión, conmovió la isla toda. Una columna de fuego y humo se elevó al cielo, en medio de palmeras desgajadas, peñascos y edificios pulverizados.

Los silenciosos marineros del Kimuto Maru arrojaron por la borda el cañón, empujándolo poderosamente por sus rieles hacia la compuerta. El tubo de acero se sumergió pesadamente, formando anchos círculos concéntricos en las aguas, mientras la isla de Miyako aún aparecía envuelta en una densa nube de humo, las llamas se elevaron al cielo, y a su alrededor, las aguas se agitaban, como movidas por un maremoto. En el cielo, los helicópteros se

bamboleaban, pese a volar a gran altura.

—¡Ya! —exclamó, triunfal, el encapuchado—. ¡Lo logré! ¡Las grandes potencias se enfrentarán entre sí en pocas horas! Se ha iniciado la Tercera Guerra Mundial...

El capitán, de pronto, aferró su brazo, preocupado. Señaló al exterior.

—Mire, señor —dijo roncamente—. No contábamos con eso...

El encapuchado lanzó una sorda imprecación al ver emerger ante ellos, del fondo de las aguas, un submarino japonés y otro norteamericano. Un rugido en el cielo, les hizo alzar la cabeza. Tres aviones soviéticos de caza sobrevolaban el barco japonés, como dispuestos a ametrallarlo sin piedad.

—¿Qué significa...? —jadeó el enmascarado.

—Sea lo que fuere, no me gusta —manifestó el capitán del viejo carguero—. Estamos rodeados, señor. Y eso no puede ser otra cosa de ahora. Significa que ya estábamos rodeados antes...

—No es posible —rechazó el encapuchado, retrocediendo—. No nos hubieran dejado lanzar el proyectil...

Una columna de agua se elevó junto al *Kimuto Maru*. Luego, se escuchó el estampido de la descarga artillera, procedente de un destructor norteamericano que acudía a toda máquina hacia la ensenada.

—Es una advertencia. Tenemos que rendirnos, señor —avisó el capitán.

—¡Nunca! —aulló el encapuchado—. No pueden sospechar nada de este viejo barco...

—Pues tiene todas las trazas de ser al contrario —se quejó el marino japonés con expresión amedrentada—. Creo que nos van a transmitir un mensaje...

Así era. Desde una canoa de guardacostas provista de cañón ligero, que acababa de doblar el saliente de la ensenada, dirigiéndose hacia ellos velozmente, brotó una voz mediante un amplificador eléctrico de gran potencia.

—¡Atención al *Kimuto Maru*! ¡Atención al *Kimuto Maru*! ¡Ríndanse sin intentar nada o serán echados a pique! ¡Están rodeados y no tienen posibilidad alguna de escapar! ¡Su proyectil de cabeza nuclear ha causado destrozos en la isla, pero nada más! ¡Los componentes de ambas delegaciones, con sus presidentes a la

cabeza, han sido evacuados a tiempo, junto con los habitantes de esta zona de la isla! ¡No hay ninguna baja, ni otros daños que los puramente materiales! ¡Éste es un ultimátum! ¡Si no se rinden inmediatamente, serán cañoneados sin remedio!

—Tenemos que rendirnos... —murmuró el capitán, tratando de dirigirse a cubierta para hacer las señales correspondientes.

—¡Espere! —aulló el encapuchado, frenético—. ¡Tengo que salir de este barco! ¡Yo debo huir sin ser reconocido!

—Me temo que nadie puede huir ya de aquí, señor —manifestó el marino con pesimismo—. Su aventura se ha terminado, según creo.

—¡Espere, espere! —rugió el enmascarado, tratando aún de detenerle.

Pero ya el capitán subía a cubierta presuroso, y su tripulación le seguía. El cerebro de aquella operación miró furioso hacia los barcos que les rodeaban.

—No lo entiendo... —masculló—. No puedo entenderlo... Todo estaba bien proyectado, era un plan perfecto... ¿Cómo pudieron echarlo a perder? ¿Qué es lo que ha ocurrido?

Un helicóptero se aproximaba al barco, y lo sobrevoló, zumbando ruidosamente. El encapuchado miró hacia él súbitamente. Reconoció al hombre que, sentado junto al piloto, le agitaba una mano, en saludo burlón.

Y entonces entendió.

—¡Damon Farr! —rugió—. ¡Fue él! ¡No pude engañarle! El samurái y todo lo demás... no bastó para desviar su atención de esta isla, maldito sea...

Y enfurecido, se arrancó la caperuza, tirándola al agua, y dirigiendo sus puños airadamente hacia las alturas.

—¡Maldito, maldito! —aulló—. ¡Debí hacerle asesinar! ¡Eso lo hubiera resuelto todo!

Damon Farr se volvió a su compañero de asiento, Lukas Talbot, de la CIA.

—Es el jefe, el cerebro de la organización —suspiró—. Debí imaginarlo. Tenía que ser alguien rico, ambicioso, con suficientes medios para crear una organización semejante... y con la idea, seguramente, de enriquecerse más aún, gracias a una guerra mundial en la que él comerciaría con algunos productos vitales...

Tenía que ser un hombre como Morgan Wayne, el magnate de la electrónica...

CAPÍTULO X

—Morgan Wayne... Pero ¿cómo es posible? Un hombre como él, inmensamente rico y poderoso... ¿Qué más podía pedir a la vida?

—El hombre es un ser ambicioso hasta lo desmesurado —suspiró Farr casi filosóficamente—. Poseía fortuna y poderío industrial, es cierto. Pero ambicionaba más, mucho más. Ahora sabemos que había perfeccionado unos ingenios electrónicos absolutamente secretos, mediante los cuales se podían transformar determinadas armas estratégicas en algo mucho más eficaz, poderoso y devastador, y por añadidura con precisión milimétrica en los blancos elegidos. Seguramente hubiese vendido esos ingenios al mejor postor, una vez declarada la guerra mundial.

—Pero corría el riesgo de que una guerra total pusiera en peligro su propia vida, al convertirse el mundo, en un vasto cementerio... —argumentó vivamente Clark R. Bellamy.

—Él estaba seguro de sobrevivir a todo. Se había hecho construir un refugio atómico en una remota isla del Pacífico, y allí hubiese esperado el final de la guerra, con la más inmensa fortuna de todos los tiempos. Y, tal vez, además, esperando alcanzar después el poder político, como complemento a sus gigantescas ambiciones sin límite.

—Es demencial llevar la ambición a ese extremo.

—Todo en su plan era demencial, pero bien planeado. No le importaban una serie de crímenes, si con ello nosotros investigábamos en una determinada dirección, olvidándonos de las conversaciones SALT y de la seguridad de ambos presidentes. Si descubriéramos algo sospechoso en el Japón, lo asociaríamos con el samurái asesino, pero nada más. Utilizó muy bien el señuelo para que picáramos todos sin remedio, señor. Estuvo a punto de conseguirlo. Creo que siempre deberemos la paz del mundo a unas palabras de Lukas Talbot... y a un grupo de preciosas geishas de

Tokio.

—Eso último no puedo incluirlo en mi informe al presidente —objetó Bellamy con un carraspeo—. Diría que no es serio...

—Pues él debe la vida también a esas chicas japonesas de aquella noche. Si no se dedican a hacernos una ingenua representación de su teatro, nunca habiéramos salvado la vida de los dos presidentes..., ni la del propio mundo en que estamos.

—Aun así, temí por un momento que no le hicieran caso cuando advertí de lo que sucedía... —se lamentó Bellamy, estremeciéndose al recordar aquellas horas dramáticas, previas al atentado contra la isla Miyako.

—Yo también, señor. Mi teoría se estrellaba contra la incredulidad y escepticismo de funcionarios y políticos. Por fortuna, el presidente le dio crédito, y consultó con su colega ruso, que optó por tomar mejor las precauciones del caso, antes de correr un riesgo inútil.

—Y así, en pocas horas, se evacuó la isla, se rodeó prudentemente al *Kimuto Maru*, y se esperó a que lanzasen su proyectil, para cogerles luego in fraganti, sin posibilidad de excusa alguna o de oportunidad para deshacerse del misil robado por miembros de la organización secreta montada por Morgan Wayne, en la propia China continental.

—Exacto, señor. Lo cierto es que el tiempo fue muy justo. Pero nos sobró para lograr que todo saliera bien.

—Ahora, Morgan Wayne responderá de sus delitos. Y ese pobre loco fanatizado por su padre, el samurái Nagasa Nikko..., ni siquiera necesitará responder ante nadie que no sea Dios.

—Nadie pudo evitarlo, ¿verdad?

—No, nadie. Le quitaron una espada samurái, y pensaron que era todo lo que llevaba encima, en su escondrijo de la bodega del barco. Pero se equivocaron. En el primer descuido, extrajo un corto cuchillo y se abrió en canal. Fue un harakiri rápido y certero. Tal vez haya sido lo mejor para él.

—El digno final de un samurái derrotado. Cumplió con su tradición de siglos... —Damon meneó la cabeza, encaminándose a la salida del despacho de su jefe—. Bien, señor, buenas tardes. Me siento muy cansado, la verdad...

—La cama y el sueño le repondrán.

—Oh, no —rechazó Damon Farr con una risita—. La cama y el sueño no dan tanto relajamiento ni descanso como las manos de una japonesita.

—Oh, no me diga que se va a recorrer San Francisco ahora, en busca de masajistas orientales...

—No, no. Es algo mejor que eso, señor. He recibido una invitación de una preciosa jovencita medio japonesa, para almorzar en su casa, como le prometí una vez, y no pienso faltar, por si todo termina como la noche en que conocí a las japonesitas de la sauna.

—Es usted incorregible, Damon —meneó la cabeza Clark R. Bellamy—. ¿Y su amigo Talbot? Creo que, estando como está ahora en San Francisco, pasando unos días, debería conocer los encantos de esta ciudad, en justa reciprocidad a cuanto le mostró de Tokio a usted.

—Y eso pienso hacer. Como he recibido dos invitaciones para cenar, una de ellas ya se la he pasado a Lukas Talbot. Espero sepa aprovecharla a fondo. No será una dulce japonesa quien le dé placer, pero sí una mujer que podrá mostrarse muy generosa con él, en todos los sentidos.

—¿De quién se trata?

—De Monna Reeves. Le encantan unos pantalones, sean de quienes sean. Y quitarles los pantalones, más aún. Talbot tiene asegurada diversión esta noche, seguro.

—Es usted un diablo. Bien, que se divierta, se relaje o lo que sea.

—Gracias, señor —caminó hacia la puerta.

—Ah, una última pregunta, Damon —oyó la voz de su jefe y se detuvo a escuchar. Éste añadió—: ¿Cómo atacó el samurái a Morgan Wayne, siendo su jefe? ¿Acaso lo ignoraba?

—No, no lo ignoraba. Morgan Wayne tenía un especial poder hipnótico que ejercía sobre personas como ese desdichado. Le ordenó que le atacase, pero sin llegar a herirle más que superficialmente, y que huyera luego. Eso le dejaba fuera de toda sospecha.

—Sí, ya lo imaginaba. Bien, Damon. Lo dicho: feliz noche.

—Gracias, señor. Todo dependerá de ella. Yoko no es geisha. Confío en que mi atractivo sexual funcione.

—Funcionará, estoy seguro —gruñó Bellamy, sentándose ante su mesa—. Y, mientras tanto, yo viendo la televisión junto a mi

esposa... ¡El mundo está lleno de injusticias!

Damon Farr rió cerrando suavemente la puerta tras de sí.

FIN

¡AHORA sí es posible!
*Puede usted saborear de
nuevo las más apasionantes
e inolvidables novelas de*

MARCIAL LAFUENTE **ESTEFANIA**

*a través de una selección
que ofrecen las Colecciones:*

BISONTE Serie Roja

BISONTE Serie Azul

BUFALO Serie Roja

BUFALO Serie Azul

CALIFORNIA

SALVAJE TEXAS

COLORADO

KANSAS

HEROES DEL OESTE

CALIBRE 44

HOMBRES DEL OESTE



ASEGURE SU EJEMPLAR

**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA 35 PTAS.

NOTAS

[1] Se denominan así las conversaciones encaminadas a una limitación sobre la proliferación de armas nucleares y estratégicas. (Las siglas, en inglés, de Strategic Armed Limited Treaty). < <